

Unidad y Carismas

Los retos de la Creación

Ecología y espiritualidad de la unidad

Luca Fiorani

La Creación, ¿lugar de encuentro con Dios?

Fabio Ciardi, o.m.i.

Creados en y para Cristo

Carlos García Andrade, c.m.f.

El cuidado de la casa común.

Una lectura de la *Laudato si'*

Raúl Silva

Descarte y derroche: un escándalo

Mauro Mantovani, s.d.b.

Francisco de Asís, un carisma “verde”

Egidio Canil, o.f.m.conv.

N.º 98/2016

Abril - Junio



Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

LOS RETOS DE LA CREACIÓN

Editorial

Naturaleza, espacios vitales *Carlos García Andrade, c.m.f.* 4

Experiencias

Ecología y espiritualidad de la unidad *Luca Fiorani* 6

Encantados de poder preparar la mermelada *Familia Resch* 10

Perspectivas

La creación, ¿lugar de encuentro con Dios? *Fabio Ciardi, o.m.i.* 13

Creados en y para Cristo *Carlos García Andrade, c.m.f.* 17

El cuidado de la casa común.

Una lectura de la *Laudato si'* *Raúl Silva* 21

Bartolomé I y la ecogogía.

Fundamentos y espiritualidad *Mirvet Kelly* 27

Descarte y derroche: un escándalo *Mauro Mantovani, s.d.b.* 31

Testigos

Francisco de Asís, un carisma verde *Egidio Canil, o.f.m.conv.* 35

Romano Guardini y la *Laudato si'* *Gennaro Cicchese, o.m.i.* 39

Naturaleza, espacios vitales

LA fe cristiana ha sido criticada con frecuencia por los ecologistas y por los amantes de la naturaleza. Las palabras del libro del Génesis “*sed fecundos y multiplicaos, henchid la tierra y sometedla; dominad a los peces del mar y a las aves del cielo y a todo ser viviente que reptá sobre la tierra*” (Gn 1, 28b), son palabras demasiado recias, que han suscitado la convicción de que en la tradición bíblica al hombre se le ha considerado como una realidad al margen de la naturaleza y por encima de la misma. Más aún, con vocación a dominar y someter la naturaleza a su voluntad, a sus caprichos, sin ninguna consideración ante los dinamismos vitales que, entre otras cosas, permitan al hombre seguir viviendo él mismo sobre este planeta. Tampoco puede negarse que la Europa cristiana, durante la época colonial, implantara por todas partes una cultura de dominación, de explotación salvaje, de esclavitud y de sometimiento de otros pueblos y etnias, llegando no pocas veces incluso al exterminio. Una cultura de muerte.

En realidad, quien conozca con cierta profundidad el pensamiento bíblico sabe bien que no es ese el espíritu de la tradición hebrea. El hombre en la Biblia es visto en forma relacional, y una de las relaciones estructurales que constituyen la vida del hombre es la relación con la creación, a la que el hombre pertenece desde siempre, y sin la cual de ningún modo es concebible. Lo mismo puede afirmarse de la heredad cristiana afirmando que la creación también participa de la salvación (Nueva Creación), y que la naturaleza espera, entre los dolores del parto, la manifestación liberadora de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 18-22).

Es verdad que con la inculturación de la fe en el mundo helénico, el dualismo griego (que contemplaba la realidad como dividida, en conflicto permanente entre espíritu y materia, entre cuerpo y alma, conflicto sobre el cual se proyectaba la lucha moral entre el bien y el mal), se posesionó del pensamiento cristiano, dejando una fuerte marca sobre toda la tradición cristiana. Una marca que siempre ha mirado sospechosamente lo corporal, lo material, como si en ello radicase la verdadera raíz del mal.

Pero, en realidad, ha sido el dualismo de corte racionalista de la modernidad y su exalta-

ción exponencial del individuo lo que ha hecho que el hombre, en nombre de su libertad intocable, despreciara todo vínculo y viviese las relaciones con la naturaleza, con los demás humanos, o con el mismo Dios, como un conflicto, como un duelo y una lucha de poder. Fueron nuestros eruditos antepasados y sus herederos los que exportaron y promovieron este estilo inhumano de vida.

Por suerte, los tiempos en los que imperaba este dualismo han desaparecido. Ha sido superada la idea que veía en la creación como el ámbito y escenario en el que se desarrollaba el drama de la salvación, no como una parte esencial de la misma; o también los tiempos cuando el hombre podía exprimir la naturaleza a voluntad o tener bajo su dominio una gran cantidad de esclavos, mientras los domingos iba a la iglesia con la conciencia tranquila, pensando que era un buen cristiano. No es que hayan desaparecido los desafíos, sino que incluso han aumentado. Pero ha crecido también la conciencia.

Siguiendo la línea del papa Francisco y su encíclica *Laudato si'*, presentada por Raúl Silva, dedicada al cuidado de la casa común en la que vivimos, este número de Unidad y Carismas quiere dar testimonio de cómo en torno a la naturaleza hay muchos aspectos que valorar y evidenciar.

Coherentes con la elección de comenzar por la vida ofrecemos alguna experiencia de gente que ha elegido vivir en armonía, preocupados por cuidar la naturaleza donde habitan. El lenguaje de la vida siempre convence. Una reflexión espiritual nos ayuda a retomar la experiencia de la creación como lugar de encuentro con Dios según el pensamiento de Chiara Lubich. Y una reflexión teológica se esfuerza por mirar la creación como la Nueva Creación que comienza con la resurrección del Señor y trata de recapitular en sí todas las cosas. Se desciende a lo más concreto con otra reflexión de índole práctica sobre los problemas derivados de la cultura del derroche y del descarte típicos de una mentalidad consumista. Ocupa espacio la experiencia del Movimiento de los Focolares en el campo de la ecología a través de EcoOne.

Un espacio importante se ha querido dar también al testimonio de Francisco de Asís y a la visión integradora de lo humano y lo divino del gran teólogo Romano Guardini. Lo mismo que resaltamos los esfuerzos que el Patriarca Bartolomé I dedica a la ecología.

Esperemos que estas pinceladas puedan despertar nuestro interés por esta casa nuestra común, que debemos cuidar y transmitir mejorada a las nuevas generaciones.

Carlos García Andrade, c.m.f.

El hombre en la Biblia es visto en forma relacional, y una de las relaciones estructurales que constituyen la vida del hombre es la relación con la creación, a la que el hombre pertenece desde siempre, y sin la cual de ningún modo es concebible. Lo mismo puede afirmarse de la heredad cristiana afirmando que la creación también participa de la salvación y que la naturaleza espera, entre los dolores del parto, la manifestación liberadora de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8, 18-22).

Ecología y espiritualidad de la unidad

Luca Fiorani

La experiencia de EcoOne, iniciativa ecológica del Movimiento de los Focolares.

A veces pensamos que una espiritualidad permanece confinada entre las cuatro paredes de una iglesia. En cambio, tiene una fuerza revolucionaria y un impacto dinámico en todas las expresiones de la vida humana. Lo mismo sucede para la espiritualidad de la unidad de Chiara Lubich¹. Desde los primeros tiempos del Movimiento de los Focolares, Chiara soñaba con un arte nuevo, una política nueva, una ciencia nueva... Soñaba que su carisma evangélico tendría que renovar todos los aspectos de la sociedad. Hoy, a más de setenta años de aquellos comienzos, están el instituto universitario “Sophia”, el centro de estudios “Escuela Abba” y algunas iniciativas culturales como la “Economía de comunión”, el “Movimiento Político por la Unidad” y, el que nos ocupa, EcoOne.

EcoOne es una red internacional de profesores, investigadores y profesionales que

trabajan en las ciencias medioambientales y quieren completar su conocimiento científico con una lectura sapiencial de los problemas ecológicos.

Desde el comienzo, nos centramos en la relación persona-naturaleza, deteniéndonos en tres conceptos: custodia, responsabilidad y sostenibilidad

Custodia: porque la función de la persona en la naturaleza no es la explotación (como un dueño), sino la gestión (como un administrador). A este respecto, nos gusta hablar de “antropocentrismo oblativo” o de “comuniocentrismo”². Con la primera expresión subrayamos la vocación de la persona al don de sí misma, para con las demás personas y para con la naturaleza; con la segunda, reconocemos lo fundamental, que es la comunión de las criaturas entre ellas y con el Creador para comprender el cosmos. Nos ha servido, en esta reflexión, captar la presencia de Dios bajo las

cosas, como un Sol que las ilumina desde dentro.

Responsabilidad: porque aumentar la conciencia medioambiental estimula la responsabilidad, y ejercer la responsabilidad desarrolla la conciencia medioambiental. En este movimiento circular ha sido importante reflexionar críticamente sobre nuestros estilos de vida.

Sostenibilidad: porque es el modo en el que expresamos la responsabilidad, término compartido por organizaciones internacionales, estados y sociedad. Utilizar un lenguaje “laico” es importante para EcoOne que desea ser instrumento de diálogo con personas de cualquier convicción.

No es posible reconstruir detalladamente en poco espacio la historia de EcoOne. Como sucede a menudo, todo nace de una pequeña semilla: el 26 de abril de 1998, Giuseppe (Pino) Giaccone³ escribe una carta a Chiara, contándole cómo había visto en sus escritos elementos sapienciales válidos para su trabajo de ecólogo marino. Chiara le pide a Sergio Rondinara⁴, entonces miembro de la “Escuela Abba”, en la que representaba al mundo de la Física, que la presentara y explicara. Al final de la lectura, Chiara encargó también a Sergio ocuparse de la ecología.

Más adelante, Sergio propone a Chiara elaborar un documento sobre la relación persona-naturaleza a partir de algunos textos suyos, escritos en un período de especial iluminación. El documento, elaborado con la ayuda de los otros miembros de la “Escuela Abba”, agrada a Chiara, y el 13 de noviembre de 1998 se redactó de modo definitivo. Entre finales de 1998 y comienzos de 1999, el documento se presentó trece veces a miembros del Movimiento de los Focolares de diversas vocaciones. El eco fue sorprendente, sobre todo entre los jóvenes, que escriben a Ser-

gio y a Chiara decenas de cartas en pocos días, pidiendo el nacimiento de una iniciativa cultural ecológica, semejante a la “Economía de comunión” y al “Movimiento Político por la Unidad”. Algo nuevo hay en el aire: Chiara, visitando a Pino en Malta el 26 de febrero de 1999, le dice que pronto nacerá algo importante para la ecología.

Entre tanto, Chiara había sugerido que la ciudadela belga del Movimiento de los Focolares fuera un testimonio de ecología vivida. El 15 de mayo de 1999, Sergio presenta el documento sobre la relación persona-naturaleza a los habitantes de la ciudadela y una vez más la acogida es extraordinaria.

El 27 de mayo de 1999, durante la conferencia telefónica internacional mensual del Movimiento de los Focolares, la “locutora” anuncia que *«se está perfilando un punto central de referencia para la ecología y las ciencias conexas a ella. Sergio visitó la Mariápolis de Bélgica, que tiene un sello ecológico y que puede ese ser como un laboratorio de desarrollo sostenible en el respeto del hombre y de la naturaleza»*. Precisamente aquel día, Chiara se reunió con un centenar de colaboradores de la “Escuela Abba”, y Sergio aprovechó la ocasión para presentarle un grupo de seis expertos en materias afines a la ecología, entre los cuales también me encontraba yo como “físico de la atmósfera” por mis investigaciones en la monitorización de gas con métodos láser. Aunque el nombre “EcoOne” se introducirá más tarde, el 27 de mayo de 1999 es la fecha del nacimiento de la iniciativa cultural en campo ecológico del Movimiento de los Focolares. El primer congreso, al que han seguido otros doce, se tuvo en Castel Gandolfo el 11 y 12 de noviembre de 2000.

Los temas tratados son: La naturaleza entre ideal y proyectualidad social (2000 y

2001); Los cambios climáticos (2003); El agua, bien común de la humanidad (2004); La sostenibilidad del desarrollo (2005 y 2006); Ecología del paisaje y relacionalidad social (2007); Ambiente y democracia (2008); Sostenibilidad ambiental: conciencia y participación en la gestión de los desechos (2009); Sostenibilidad ambiental y cuestión energética (2010); Biodiversidad y sostenibilidad (2011), El sistema forestal, modelo ecológico de relacionalidad en la naturaleza (2012); Relacionalidad natural y conciencia ambiental (2014). Relacionalidad entre conciencia ambiental y retos sociales (Budapest, 27-29 de mayo de 2016).

Desde 2005 el hilo conductor de los congresos ha sido el desarrollo sostenible, siguiendo las indicaciones del mensaje que Chiara envió al congreso de aquel año, verdadera Carta Magna de EcoOne⁵:

«Mollens, 7 de mayo de 2005.

Al Congreso de Eco-One

Aunque desde lejos, sigo con especial interés vuestro congreso sobre un tema tan actual: “La sostenibilidad del progreso”.

Permitidme un pensamiento espiritual, pero acorde con el tema.

Por el carisma de la unidad que Dios nos ha dado, siempre hemos visto la creación en su maravillosa inmensidad como UNA, salida del corazón de un Dios Amor, Dios que ha impreso en ella su impronta.

Hemos percibido la presencia de Dios debajo de las cosas. Por lo que, si los pinos eran dorados por el sol, si los riachuelos se deslizaban brillando en sus cascadas, si las margaritas y las demás flores y estaban de fiesta por el verano, nos parecía más fuerte la visión de un sol que estaba debajo de todo lo creado. Véiamos, en cierto modo –creo– a Dios que sostiene y rige las cosas.

Lo mismo era también para todo hombre y mujer, para la humanidad, flor de la creación.

Y en consecuencia, sentíamos que cada uno

había sido creado como don para quien estaba a su lado, y quien estaba a su lado había sido creado por Dios como don para él.

Así pues, en la tierra todo estaba en relación de amor con todo: cada cosa con cada cosa.

Por eso, el hombre, dotado de inteligencia, con la sabiduría que penetra en el misterio, debería insertarse y colaborar en la realización del designio unitario de Dios sobre el universo. Su creatividad, su trabajo lo han de hacer participe de la obra del creador. Pero hay que ser el Amor para tejer el hilo de oro entre los seres.

El progreso del hombre está íntimamente unido al progreso del ambiente en el que vive y por el que está condicionado.

El hombre no es el centro del cosmos, lo es Dios. ¡No nos arriesguemos en ir contra Dios! Encontraríamos la Muerte.

En cambio, si el fin del hombre no es el interés económico, el egoísmo, sino el amor por los otros hombres y por la naturaleza, con su aportación la Tierra se transfigurará hasta convertirse en un paraíso terrenal.

Chiara»

En 2008, Sergio deja EcoOne porque Chiara lo envía, junto con otros pioneros, a fundar el instituto universitario “Sophia”. Chiara muere poco después y María Voce, nueva presidenta del Movimiento de los Focolares, acepta la dimisión de Sergio y me nombra coordinador de EcoOne.

Mi prioridad ha sido tratar de actualizar constantemente la identidad, que no consiste tanto en formular soluciones técnicas a los problemas medioambientales, cuanto en identificar una relación renovada entre persona y naturaleza. Para esto ha sido fundamental una triple tarea: primeramente, favorecer entre los miembros de la comisión internacional la presencia de Aquel en el cual “han sido creadas todas las cosas” (Col 1, 16); luego, comenzar un diálogo abierto con personas de cualquier convicción en el campo medioambiental;

por último, tratar de extender EcoOne más allá de los confines italianos. En este sentido, no pudiendo citar todos los viajes, congresos e iniciativas de fuera de Italia, recuerdo solamente la simpática idea de John Mundell⁶ (Estados Unidos), el Dado de la Tierra, en cuyas caras están escritos eslóganes que nos motivan a cambiar estilos de vida.

Aunque el dado es bueno para mayores y pequeños, la elaboración cultural de EcoOne se ha expresado prevalentemente en artículos y libros, tanto de carácter divulgativo como especializado. En general, quien llega a conocer los contenidos de EcoOne halla una respuesta a sus preocupaciones de persona comprometida con el medio ambiente, intuyendo la posibilidad de que la espiritualidad de la unidad, en diálogo con muchas otras corrientes de pensamiento, contribuya a la salvaguardia de la naturaleza. En este contexto, el trabajo pastoral de los religiosos y religiosas puede ser un utilísimo altavoz del mensaje de esperanza de EcoOne.

Un consiguiente signo de esperanza nos llegó en junio de 2015 con la encíclica *Laudato si'*. Leyéndola, me ha impresionado la frase “cuidado de la casa común” por tres motivos:

- si hay una casa, significa que quien vive en ella, la persona, es importante;
- también es importante la casa, la naturaleza;
- parece que el Papa subraya el adjetivo “común”, en sorprendente sintonía con el “antropocentrismo oblativo” y el “comuniocentrismo”.

Subrayar al mismo tiempo la importancia de la persona y de la naturaleza nos libra de posiciones al extremo del fisiocentrismo y el antropocentrismo.

Por último, el capítulo sexto de la encíclica es un cofre lleno de contenidos pre-

ciosos: nuevos estilos de vida, superación del consumismo obsesivo, compromiso por el bien común como forma de caridad... Sobre todo me ha alegrado la visión del cosmos como red de relaciones y el descubrimiento de la presencia de Dios en cada ser.

Francisco, invitándonos a considerar no solo el medio ambiente sino también la economía, la sociedad, la cultura y la vida cotidiana –orientándolas al bien común y a la justicia entre las generaciones–, nos hace pasar de una ecología en “blanco y negro” a una ecología a colores. Con él, junto con todas las personas de buena voluntad, podemos caminar «*¡cantando! Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten la alegría de la esperanza*».

¹ Fundadora del Movimiento de los Focolares. Figura carismática del siglo XX, su acción a favor de la unidad y de la paz se ha propagado en todo el mundo. Autora de 58 volúmenes, con 220 ediciones, en más de 20 lenguas.

² S. Rondinara, *La relación persona-naturaleza. Recuperación de significados. Actas del congreso internacional “Relacionalidad natural y conciencia ambiental”, Roma 2014.*

³ Profesor ordinario de Botánica y docente de Ecología en la Universidad de Catania. Consultor de las Naciones Unidas para el Centro Regional de Actividades en las Áreas especialmente protegidas de Túnez. Premio Battista Grassi a la Talasografía Biológica...

⁴ Doctor en Ingeniería nuclear en la Universidad “La Sapienza” de Roma. Licencia en Filosofía sobre epistemología-metafísica. Licencia en Teología fundamental. Profesor de Epistemología y Cosmología en el Instituto universitario “Sophia” de Loppiano (Florenia).

⁵ L. Fiorani, *Il contributo di EcoOne alla riflessione ecologica, Nuova Umanità*, XXXIV (2012/1) 199, pp. 45-51.

⁶ Presidente y consultor medioambiental de Mundell-associates, empresa en Indianápolis que provee asesoramiento ambiental y servicios profesionales a industrias, organismos gubernamentales, sociedades de ingeniería y estudios legales.

Encantados de poder preparar la mermelada

Familia Resch

Inés y Markux Resch son ingenieros forestales. Viven con sus cuatro hijos en la casa del guardabosques en Wessobrunn, en Suavia. Charismen, la edición alemana de Unidad y Carismas, les ha hecho algunas preguntas muy concretas sobre la vida cotidiana de la familia, que trata de vivir en armonía con la naturaleza.

¿Por qué te hiciste ingeniero/a forestal?

Llegué a esta profesión de guarda forestal a través de la agricultura. Mi padre era experto en agricultura en una cooperativa agrícola. Por eso desde pequeño ya me agradaba ir en el tractor con mi padre. También el trabajo en sí –cansarse físicamente al preparar la comida de los animales– me gustaba mucho.

En cambio, el impulso decisivo a la profesión de guarda forestal lo recibí de una tía que estaba impresionada de lo que un ingeniero forestal le había contado, entusiasmo de su trabajo. Y así tomé la decisión de ser ingeniero forestal. Más tarde me casé con una mujer que poseía una gran hacienda rural.

Aunque yo no tengo una hacienda rural, él se casó conmigo. Soy hija de un funcionario estatal de una ciudad. Pero siempre me gustó el trabajo

de mis parientes en sus pequeñas granjas en la región del Eifel, donde mi hermana y yo pasábamos a menudo nuestras vacaciones; estábamos inmersas en la naturaleza haciendo trabajos manuales. Pero sin granja, la ciencia agraria no es interesante, la biología me parece demasiado teórica, y así llegué a la ingeniería forestal.

¿Qué significa para ti “salvaguardar la creación”, respetar la naturaleza como don?

Hay una frase sobre los guardabosques, que viene como anillo al dedo, a propósito de la naturaleza como don para nosotros, que dice: “Si los ingenieros forestales lo pasan mejor que nadie, el bosque también sigue creciendo sin ellos”. Para mí, expresa bien que por mucho trabajo y cuidado que se prodigue en esta profesión, ciertamente todo es un don de Dios. Salvaguardia de la creación significa para mí que todas las especies de animales y de plantas que tene-

mos en la naturaleza, tienen su espacio vital en un bosque cuidado, y que las próximas generaciones tendrán los mismos espacios vitales que nosotros.

Para nuestra familia, eso significa, por ejemplo, que ahorramos energía lo más posible, recorriendo en ocasiones breves tramos de camino en bicicleta en lugar de usar el automóvil. O bien, para nuestras vacaciones, tratamos de escoger un lugar que no esté donde se acaba el mundo.

“Salvaguarda de la creación” significa para mí tratar con cariño y respeto los recursos naturales y los seres vivos.

Nosotros calentamos con leña, un recurso renovable. Cuando hay que ir de compras, procuro hacer un solo viaje para los varios encargos, renunciando a varios viajes en el automóvil. Para viajes más largos, elegimos a menudo el tren.

Concretamente, para mí también forma parte de esto el cuidado de los animales: a menudo a las criaturas se les considera y se les trata no tanto como seres vivos, sino como recursos. Por este motivo hemos limitado mucho nuestro consumo de carne y de salazones. Compramos la carne a los campesinos de nuestra aldea, o bien alguna vez comemos carne de caza hecha por nosotros mismos. Los salazones son un lujo para nosotros. Además cultivamos biológicamente nuestro huerto, sin utilizar productos químicos. Los caracoles son una excepción.

En el Antiguo Testamento se dice: “Someted la tierra”. ¿Tú vives este aspecto en tu profesión, en tu trabajo con los animales y la naturaleza?

Quien trabaja en la naturaleza y con la naturaliza no puede dejar de someter la tierra. Desde mi punto de vista, es importante que nos ocupemos de la naturaleza de un modo sostenible, no explotándola. La mayor parte de las personas ya no se ganan el pan trabajando en la naturaleza y con ella. Para ellos, la naturaleza, y sobre

todo el bosque, es un lugar de asueto y de descanso. Por tanto, la actividad de los ingenieros forestales, cuando han de dominar el bosque y hacer uso de la madera, consiguientemente se mira con un ojo cada vez más crítico, porque es fastidiosa para ellos.

A veces somos críticos por lo que respecta a la caza. Creo que el motivo es que en algunos sectores de la población la caza todavía se ve como un hobby de una cierta clase social, de ricos privilegiados.

Desde el punto de vista forestal, yo voy de caza para conseguir una variedad de bosque rico en especies. Por eso es necesario cazar los ciervos y los corzos, y en la montaña también los rebecos. Estas especies de ungulados prefieren comer pequeños retoños de encinas y arces, abetos raros o tejos. Como los ungulados, desde que se han controlado los osos, lobos y linces, ya no tienen enemigos naturales, un aumento excesivo de su población se ha de frenar mediante la caza.

Para evitar en agricultura daños mayores causados por los jabalíes, también estos se cazan.

Un segundo motivo de la caza es también el hecho de conseguir un alimento precioso. Respecto a la caza, sabemos que el animal se ve libre en la naturaleza sin comidas artificiales.

Con respecto a vuestra alimentación, ¿tenéis algunos principios básicos, líneas de orientación sobre cómo tratar a la naturaleza, tanto respecto a vosotros como en lo que transmitís a vuestros hijos?

Comemos fruta y verdura fresca o productos locales de calidad biológica, siempre que es posible, cosa no siempre realizable en una familia de seis personas con un solo sueldo.

Todo lo que crece en el huerto se utiliza; no hay nada más hermoso que entrar en otoño en la

despensa y observar los dones de la naturaleza y dar gracias por la abundante cosecha.

A ser posible, no usamos productos preparados, sino que preferimos cocinar nosotros mismos mucha comida, aprovechándola al máximo. Los niños aprenden a apreciar el trabajo y la fruta –también ellos tienen que ayudar a preparar la compota de manzana o a cocer la mermelada–, de lo cual se enorgullecen.

Tratamos de enseñar a nuestros hijos las condiciones de trabajo y el proceso de producción de cada producto para salvaguardar la creación. Por eso, para la ropa, estoy atenta a que sea de materiales naturales, de algodón biológico a ser posible y proveniente de comercio honesto, así como el café y el té.

Procuramos evitar los plásticos: cristal y acero inoxidable en vez de plástico; las bolsas de la compra las llevamos de casa, así como saquitos para la fruta y la verdura.

Para nosotros la calidad es más importante

que la cantidad: mejor una sola gallinita “feliz” al año. Dado que a veces preparamos y comemos de nuestra caza, también esta puede motivarnos y estimularnos.

¿Qué deseáis de vuestros hijos y para ellos, pensando en la salvaguarda de vuestro espacio vital, el cuidado de animales, plantas y seres humanos?

Nosotros esperamos que nuestros hijos sientan placer en la naturaleza y por la naturaleza, y que reconozcan en ella la creación de Dios. Entonces la relación con la naturaleza será tal que no sobrecargaremos demasiado nuestro medio ambiente.

En síntesis, se puede decir que, para nosotros, la salvaguarda de la creación es un principio fundamental de la conducta cristiana, en la cual se expresa el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

PROTEGER AL HOMBRE

«Esto lleva a pensar también en el conjunto como abierto a la trascendencia de Dios, dentro de la cual se desarrolla. La fe nos permite interpretar el sentido y la belleza misteriosa de lo que acontece. La libertad humana puede hacer su aporte inteligente hacia una evolución positiva, pero también puede agregar nuevos males, nuevas causas de sufrimiento y verdaderos retrocesos. Esto da lugar a la apasionante y dramática historia humana, capaz de convertirse en un despliegue de liberación, crecimiento, salvación y amor, o en un camino de decadencia y de mutua destrucción. Por eso, la acción de la Iglesia no sólo intenta recordar el deber de cuidar la naturaleza, sino que al mismo tiempo “debe proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo”.

No obstante, Dios, que quiere actuar con nosotros y contar con nuestra cooperación, también es capaz de sacar algún bien de los males que nosotros realizamos, porque “el Espíritu Santo posee una inventiva infinita, propia de la mente divina, que provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables”.

Papa Francisco, *Laudato si'*, nn. 79-80.

La creación, ¿lugar de encuentro con Dios?

Fabio Ciardi, o.m.i.

Chiara Lubich me contó su experiencia, como una parábola que la llevó por Dios dentro de sí, Dios entre nosotros, en la Iglesia, en la fraternidad universal, hasta Dios en la creación y en el cosmos.

ERA julio de 1974. Tenía 26 años. Me encontraba en Roma desde hacía poco y me estaba preparando para el sacerdocio. En el Centro Mariápolis de Rocca di Papa se tenía el VIII Congreso internacional del Movimiento gen. No me permitieron participar porque yo no era un gen. Cuando me enteré de que Chiara Lubich hablaría, no tuve ningún escrúpulo y fui a escucharla. Fue fácil mezclarme entre los gen, sin que nadie notase mi presencia.

Desde entonces he leído infinidad de veces aquel discurso de Chiara, pero siempre me ha parecido distinto a como se me había grabado en mi corazón aquel día.

«Este año –así comenzó– me parece que Jesús quiere que os repita una “palabra” que resonó como un sonido de clarín, hace treinta años... [Se refería a su experiencia de los inicios del Movimiento]. Es una palabra más grande que el mar... Es la palabra que Jesús quiere decir hoy, en este siglo, a los hombres; y él desea que todos, desde el primero al último, seamos canales y ecos de ella».

Según lo que recuerdo de aquel discurso, Chiara solo habría pronunciado tres veces el término “palabra”. A mí, sin embargo, me pareció que la había repetido hasta lo infinito. Los pocos instantes transcurridos en formular aquellas breves frases me parecieron un tiempo sin límite, como si hubiese sido transportado a un espacio inmenso. Sentía que se alargaba la espera por el descubrimiento de aquella “palabra”. El deseo de conocer la misteriosa “palabra” había tensionado al máximo las cuerdas de la mente, y el alma se dilató para ser capaz de acoger la revelación: *«Esta palabra es Él mismo: Dios».*

Aquella “palabra” –Dios– fue un imprevisto destello de luz y de fuego que me dejó en suspenso. Me encontré como envuelto por aquella realidad: Dios. Fue como si oyese pronunciar por primera vez aquella “palabra”, la primera vez que la advertía tan potente, infinita, absoluta: “Dios”.

Nunca en mi vida había oído pronunciar aquella palabra –Dios– con tal intensidad,

con aquella fuerza abrumadora. Nunca la he oído pronunciar de semejante modo, pero se quedó conmigo desde entonces.

Chiara proseguía diciendo en su discurso: «*He aquí cómo se me reveló quién es Dios... Dios es Amor*». Explicó dónde podríamos encontrarlo. Desde aquel día he intentado buscarlo donde ella me había indicado. Solo más tarde comencé a reflexionar sobre cuáles eran los “lugares” de su presencia, las “fuentes de lo divino”, como ella las había llamado, en las que podría beber: la Eucaristía, la Palabra, el hermano... En una hora había explicado las fuentes en las que nos podríamos saciar de aquel Dios del que nos había hablado con tanta pasión.

Del elenco de aquellas fuentes estaba ausente la naturaleza. ¿Es que la creación no nos hablaba de Dios? ¿Es que Dios no se iba a revelar y comunicar a través de la primera de sus obras? En aquel momento no me planteé el problema, seducido como estaba por el descubrimiento de Dios en tantos otros lugares.

Contemplando la inmensidad del universo

En los años ochenta Chiara me involucró en otra gran aventura: el “Santo viaje”. Inspirada por el salmo 84 —«*Bienaventurado el que encuentra en ti su fuerza y decide en su corazón el Santo viaje*»— había propuesto emprender juntos el camino de la santidad con un nuevo impulso. En este caso, se dirigía a miles y miles de personas, pero tuve la impresión de que me interpelaba justamente a mí y que pronunciara para mí las palabras que cada quince días nos dirigía, como marcando las etapas del camino que teníamos que recorrer juntos. Lo hacía mediante conexiones telefónicas, a través de las cuales conseguía congrega a los miembros del Movimiento esparcidos en los cinco continentes.

En una de esas conversaciones, el 22 de enero de 1987, contó una experiencia personal referente a la creación: «*En un momento de descanso he visto un documental sobre la naturaleza [...] Contemplando la inmensidad del universo, la extraordinaria belleza de la naturaleza, su potencia, me elevé espontáneamente al Creador de todo y tuve como una nueva comprensión de la inmensidad de Dios. La impresión fue tan fuerte y tan nueva que me sentí lanzada inmediatamente a ponerme de rodillas para adorar, alabar, glorificar a Dios. Sentí la necesidad de hacerlo, como si esta fuera mi actual vocación.*

Aquella “palabra” –Dios– fue un imprevisto destello de luz y de fuego que me dejó en suspenso. Me encontré como envuelto por aquella realidad: Dios.

Y, como si se me abriesen entonces los ojos, comprendí como nunca antes, quién es aquel al que habíamos elegido como ideal, o mejor, aquel que nos ha elegido a nosotros. Lo vi tan grande, tan grande, tan grande que me parecía imposible que hubiese pensado en nosotros. Y esta impresión de su inmensidad permaneció en mi corazón durante algunos días. Rezar ahora “Santificado sea tu nombre” o “Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo”, es otra cosa para mí: es una necesidad del corazón»¹.

Por tanto, la creación podía hablar verdaderamente del Creador y conducir a adorarlo. También ella era una “fuente de la divinidad”.

Al año siguiente, también durante una de aquellas periódicas conexiones telefónicas, (era solo una de los millares de personas a las que Chiara se dirigía... ¡pero me sentía como si fuera el único!) me invitó explícitamente a buscar a Dios «*de modo especial allí donde la naturaleza lo reve-*

la», reflexionando por un momento en lo que me había detenido a contemplar *«una extensión de mar sin fin, una cadena de montes altísimos, un glaciar imponente o una bóveda del cielo salpicada de estrellas»*, para después subir *«al que es el autor: Dios, el Rey del universo, el Señor de las galaxias, el Infinito. [...] Porque él está presente en todas las partes: está bajo el parpadeo brillante de un arroyo, en el abrirse de una flor, en un alba luminosa, en una dorada puesta de sol, sobre una cumbre nevada...»*. Incluso aunque estemos en una metrópolis, decía, *«basta un trozo de cielo azul visto entre las alturas de los rascacielos, para recordarnos a Dios; basta un rayo de sol, que no deja de penetrar ni siquiera entre los barrotes de una prisión; basta una flor, un prado, el rostro de un niño... Y querría que respondiésemos a su amor por nosotros, tan particular, declarándole nuestro total amor; adorándole, postrados, al menos espiritualmente, en tierra; alabándole con las más hermosas notas que salen de nuestro corazón; glorificándole con toda nuestra vida. Esto es lo que debemos hacer: amar a Dios por sí mismo en su inmensidad, en su infinitud, en su belleza, en su esplendor, en su omnipotencia...»*².

La presencia de Dios en las cosas

Cuando en los años noventa tuve la gracia de ser llamado por Chiara para formar

«...el Señor de las galaxias, el Infinito. [...] Porque él está presente en todas las partes: está bajo el parpadeo brillante de un arroyo, en el abrirse de una flor, en un alba luminosa, en una dorada puesta de sol, sobre una cumbre nevada...»

parte del particular cenáculo de estudios que es la Escuela Abba, me di cuenta que, a pesar de que ella no estaba acostumbrada a

hablar de la presencia de Dios en la naturaleza, había tenido en su juventud experiencias especialmente intensas, que le habían marcado de manera indeleble.

Ahora comprendía por qué se puede llegar a creer en Dios también solo mirando la naturaleza: era tan hermosa y grande que no podía haber sido hecha por el hombre, ni por la casualidad “muda, sorda e ignorante”. Debía haber sido indudablemente Alguien más grande que el cosmos... Dios.

Una ocasión fue cuando alrededor de los 20 años, descendiendo de la escuela donde enseñaba, mientras iba cantando el Ave María del rosario, *«me pareció –como cuenta ella misma– ver la flor de un castaño indio viva, con una vida superior, que la sostenía por su base, de modo que parecía que venía hacia mí»*³.

Otra vez –estábamos en el verano de 1949– en la montaña, tuve *«la impresión de percibir, tal vez por una gracia especial de Dios, la presencia de Dios en las cosas. Por lo que si los pinos estaban inundados por el sol, si los arroyos caían en sus cascadas brillantes, si las margaritas y las demás flores y el cielo estaban en fiesta por el verano, era más fuerte la visión de un sol que estaba bajo todo lo creado. Veía, en cierto modo, creo, a Dios que sostiene, que rige las cosas»*⁴.

Dios se manifiesta en la naturaleza porque en ella está su presencia. Él no solo crea el cosmos, sino que en su amor lo conserva en el ser y en él se manifiesta como Trinidad, poniendo en relación a todas las cosas entre ellas, hasta el punto de que a Chiara se le presentaban *«todas unidas entre ellas por el amor, todas –por decir así– enamoras la una de la otra. Por lo cual si el riachuelo*

acababa en el lago era por amor. Si un pino se erguía junto a otro era por amor»⁵.

Recuerdo finalmente cuando, en abril del 2001, Chiara explicó por qué hablaba tan poco de la naturaleza como camino para llegar a Dios. Era un camino que había sido recorrido por muchos, por grandes santos y místicos, pero no era precisamente el suyo. Ella sobre todo llegaba a Dios a través de la vida interior, donde lo había encontrado como Amor. Ahora, sin embargo, le parecía haber recorrido como una parábola: de Dios dentro de sí, a Dios entre nosotros, en la Iglesia, en la fraternidad universal, hasta a Dios en la creación y en el cosmos.

En aquellos días, de hecho, lo miraba fuera de sí, en la naturaleza. Estaba fascinada por el cielo espléndido, por la naturaleza en flor, por la inmensidad infinita que abrían de par en par los cielos con el sol, las estrellas... No tenía la impresión de ser la de antes, era como si tuviese ojos nuevos. Todo le parecía lleno de la presencia de Dios, como cincuenta años atrás, cuando

había tenido aquella particular experiencia de luz en las montañas del Trentino. Ahora comprendía por qué se puede llegar a creer en Dios también solo mirando la naturaleza: era tan hermosa y grande que no podía haber sido hecha por el hombre, ni por la casualidad “muda, sorda e ignorante”. Debía haber sido indudablemente Alguien más grande que el cosmos... Dios.

Así fue como fui invitado a volver de vez en cuando a mirar la naturaleza, porque esta mirada coincide con ver al Creador y adorarlo y estar seguros de Él, y de nuestro encuentro ese día con Él. Aquella palabra que escuché hace cuarenta años, Dios, era pronunciada también ahora por la creación.

¹ *Buscando las cosas de arriba*, Ciudad Nueva, Madrid.

² *Ibid.*

³ *Paradiso '49*, *Nuova Umanità*, XXX (2008), p. 287.

⁴ *Paradiso '49*, en *Il Patto del '49 nell'esperienza di Chiara Lubich. Percorsi interdisciplinari*, Studi della Scuola Abbà, Città Nuova, Roma 2012, p. 15.

⁵ *Ibid.*

EL MENSAJE DE CADA CRIATURA EN LA ARMONÍA DE TODO LO CREADO

«Cuando insistimos en decir que el ser humano es imagen de Dios, eso no debería llevarnos a olvidar que cada criatura tiene una función y ninguna es superflua. Todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios, de su desmesurado cariño hacia nosotros. El suelo, el agua, las montañas, todo es caricia de Dios. La historia de la propia amistad con Dios siempre se desarrolla en un espacio geográfico que se convierte en un signo personalísimo, y cada uno de nosotros guarda en la memoria lugares cuyo recuerdo le hace mucho bien. Quien ha crecido entre los montes, o quien de niño se sentaba junto al arroyo a beber, o quien jugaba en una plaza de su barrio, cuando vuelve a esos lugares, se siente llamado a recuperar su propia identidad.

Dios ha escrito un libro precioso, “cuyas letras son la multitud de criaturas presentes en el universo”».

Papa Francisco, *Laudato si'*, nn. 84-85.

Creados en y para Cristo

Carlos García Andrade, c.m.f.

Quien dedica su tiempo a la profesión de la teología sabe bien el esfuerzo que hay que hacer para llegar a conseguir una justa idea sobre la creación. No es fácil. A lo largo de la historia del pensamiento cristiano ha habido una especie de ambigüedad, una doble y opuesta valoración de la creación, que a menudo nos deja perplejos. Este artículo intenta responder a algunos problemas.

Algunas perplejidades de tipo filosófico

Por una parte, la visión bíblica, con su clara afirmación de la bondad de la creación (todo era “bueno”, cf. *Gn* 1, 4-31), ha exorcizado desde el principio toda posible comprensión dualista de la realidad creada, promoviendo una visión positiva de la creación, pero también evitando toda posible confusión entre Dios y la criatura, al distinguir con claridad entre creado e increado. Si esto es así, ¿cómo ha podido suceder que después, en la más clásica tradición espiritual cristiana, el “mundo” haya sido considerado, junto al “demonio” y a la “carne”, como uno de los tres enemigos del alma, o, en general, de la vida espiritual? ¿Por qué razón la distinción lógica y necesaria entre natural y sobrenatural se ha convertido, en primer lu-

gar, en separación, y, más tarde, casi en oposición real?

Es evidente que aquí “mundo” no significa la creación o la naturaleza. Es más, “mundo” significa “mundanidad”, por lo tanto este término habla más bien de una actitud del hombre, no de una característica de parte de la realidad. Esta tradición, sin embargo, parece indicar la existencia de una oposición entre la lógica del mundo, de la realidad creada, y la lógica del espíritu, una especie de tenaz resistencia de la creación contra todo intento de conexión entre los procesos relativos al desarrollo natural de las cosas y las dinámicas propias del mundo de Dios. En la separación progresiva entre natural y sobrenatural ha jugado también un papel decisivo esa tensión que parece asignar a la creación una fuerte carga de negatividad. Y no se entiende el motivo.

Si el Hijo de Dios se hizo hombre, y, desde aquel momento, nuestra carne se ha convertido en carne de Dios, es más, si después de la resurrección, la carne y los huesos (glorificados) pertenecen plenamente al mundo de la Trinidad, es difícil entender por qué razón se ha desarrollado en la tradición cristiana una prevención contra la materia, contra los sentidos, contra la corporeidad, contra la carne. Es verdad que el rechazo se dirige sobre todo contra la contaminación que el pecado ha provocado en esas dimensiones de la naturaleza humana. No siempre, sin embargo, se destaca y al final sucede como con la mala reputación que sufría la ciudad de Nazaret en el tiempo de Jesús. Parafraseando al apóstol Natanael, a menudo pensamos sobre el cuerpo, la carne, la materia, a través de los sentidos... ¿puede venir algo bueno?

Algunas perplejidades nacidas de la teología

En el Nuevo Testamento existe una clara relación entre la creación y la intervención salvífica de Cristo. La conexión entre las criaturas y Cristo es evidente en las Epístolas a los Colosenses y a los Efesios: *“Todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo y todo tiene en él su consistencia”* (Col 1, 16b-17). En este sentido parece que la resurrección de Cristo está prevista en el plan de Dios desde un principio.

En la historia de la teología, sin embargo, parece que esta conexión ha desaparecido. Creación y salvación son contempladas progresivamente como dos gracias diversas, procedentes del mismo Dios, pero sin una conexión explícita entre ellas. A la encarnación del Verbo se la considera un efecto exclusivo del pecado y, por lo tanto, no se hubiera producido si el hombre no hubiese pecado (Tomás de Aquino) y, por

consecuencia, no pertenece al designio original de Dios. La creación aparece como el escenario del drama, pero no participa, es solo el atuendo.

De hecho, la comprensión de la acción redentora de Cristo se limita al espíritu humano. Es una verdadera victoria sobre el pecado y sobre la muerte, que nos abre la puerta de la resurrección, pero no parece abrazar a la creación. El lugar adonde llega la nueva conexión de la gracia que Cristo nos comunica está solo en el espíritu del hombre. El cosmos, en cambio, no parece estar implicado y solo se habla de una intervención de Dios al final de los tiempos, que transformará la creación (nueva Creación). ¿Es justa esta perspectiva? ¿Cómo conecta este horizonte con la promesa de la recapitulación de *todo* (no solo de los hombres) en Cristo, que ya ha comenzado? La única conclusión posible ante estas paradojas es que en la evolución de la teología cristiana se han dado demasiadas influencias engañosas, que han bloqueado una adecuada comprensión de la “infraestructura” creada por el plan divino de salvación. Intentemos explicarlo.

Los “peajes” del dualismo griego

La visión de la creación y del hombre de matriz hebrea era bastante armónica, unitaria (ningún dualismo) y relacional. Además estaba bien integrada en el pensamiento de la alianza. El problema apareció cuando la fe cristiana, saliendo del judaísmo, tuvo que dialogar con la cultura helenista. La visión helenista de la realidad se caracteriza por un fuerte dualismo entre espíritu y materia, siempre en perpetuo conflicto. La razón de esto está en el hecho de que, en esta tradición cultural, se ve en la tensión entre espíritu y materia la raíz ontológica del conflicto moral entre el bien y el mal. No teniendo el concepto de una

creación libre del mundo, y postulando la aparición de la creación por emanación degradante del Uno, se concibe la materia como principio del mal, del pecado, de la degradación. Y, en una típica confusión, se identifica el origen de la pluralidad con el origen del mal.

Si la fe cristiana ha tenido que luchar mucho para poder integrar en la cultura griega la idea de la libre creación del mundo por Dios, no ha tenido un semejante éxito en lo referente a la superación del dualismo estructural. A pesar de que siempre ha mantenido la radical bondad de lo que Dios ha hecho, la visión cristiana de la creación ha sufrido esa carga peyorativa derivada del dualismo griego contra el aspecto material: el cuerpo, los sentidos, la materia, han sido vistos con prevención, como peligrosos, como opuestos al mundo del espíritu, a la rectitud moral, etc. Esta contaminación del pensamiento dualista ha sido la primera fuente de rechazo del mundo.

Quiero decir que el plan del Padre, que lo ha creado todo por Cristo y en función de Él, llega a su plenitud en la resurrección y todo cuanto existe (no solo los hombres) hace referencia ahora al Resucitado, cuya presencia en cada ser humano es decisiva para la fe y la misión de la Iglesia.

La visión griega ofrecía además su metafísica como instrumento precioso para la fe. Precioso porque defiende con la sola razón la unicidad de Dios y ofrece conceptos muy útiles para consolidar la fe en el diálogo entre fe y pensamiento. Pero esto también llevó a pagar fuertes peajes a la fe. De hecho, la visión griega del Uno no acep-

ta ninguna pluralidad, tendiendo así a separar el Uno de Dios de cualquier pluralidad, de cualquier vínculo con otra realidad, incluso poniendo en peligro la doctrina trinitaria (que une unidad y pluralidad). Esta metafísica no tiene una visión relacional de la realidad, sino una visión individual (las sustancias son autosuficientes, aisladas, se entienden de forma individual). Si juntamos las dos raíces, dualista e individualista, se comprende por qué motivo no solo se da relieve a la distinción entre creado e increado, entre cielo y tierra, sino que se llega a afirmar una separación completa e incluso una oposición entre esas realidades. El único vínculo es la libre decisión de Dios que da la existencia a las criaturas. La conexión con la Alianza como plan inicial de Dios se pierde. Este desprecio de la dimensión relacional ha sido fuente de contaminación del concepto de la creación por influjo del pensamiento griego.

Los “peajes” de las herejías. Creación y Cristo

La conexión entre creación y Cristo tiene un origen concreto: la herejía arriana. Arrio decía que Jesús no era Dios, era, sin embargo, la suprema criatura, creada para conectar a Dios con el mundo. Para superar este error se cortó en el siglo IV cualquier vinculación entre la creación y Cristo o el Espíritu, que afirmaban las escrituras. Este corte ayudó ciertamente a no pensar en Cristo o en el Espíritu como una criatura, pero también se terminó por negar cualquier relación personal de Dios con la creación (el vínculo que deriva de la creación es obra de la naturaleza divina, de la persona como Uno), el acto creador se desconecta del plan de salvación, como si esta fuese una gracia distinta¹ en el sentido de que la decisión de crear el mundo y el hombre fuera un misterio inexplicable.

En lugar de tomar como modelo, para entender la relación entre creado e increado, al mismo Cristo (divinidad y humanidad, unidos sin confusión, pero también sin separación), se toma el modelo filosófico y es aquí donde se deja espacio a la intromisión del dualismo entre espíritu y materia, entre natural y sobrenatural, olvidando la novedad significada por la encarnación del Verbo.

Por este mismo camino se pierde de vista que la resurrección-redención abarca también al cosmos, a todo lo creado, al universo entero que encuentra ahora en el Resucitado su nueva raíz, su nuevo ser. Quiero decir que el plan del Padre, que lo ha creado todo por Cristo y en función de Él, llega a su plenitud en la resurrección y todo cuanto existe (no solo los hombres) hace referencia ahora al Resucitado, cuya presencia en cada ser humano es decisiva para la fe y la misión de la Iglesia.

Nuevos caminos de diálogo

Como sabemos, el desarrollo de la ciencia autónoma ha ido quitando poco a poco credibilidad y espacio a la metafísica clásica. Es como si la ciencia y la metafísica fuesen incompatibles. La visión que ofrece la ciencia sobre la creación en realidad no niega toda metafísica, sino que, de hecho, se promueve una cierta metafísica, pero de corte diferente, más cercana a la visión bíblica. Desde la ciencia hoy emerge una visión de la realidad en la que importan sobre todo las relaciones, la articulación, los vínculos: la interdependencia. La realidad no es un elenco de sustancias individuales e independientes, ya cerradas desde el principio. Es un proceso de interacciones, de combinaciones cada vez más complejas, por lo que, partiendo de unos elementos básicos, aparece una riqueza enorme, fruto de las interacciones y de la evolución, que no se detiene.

La física de las partículas nos presenta un mundo donde cuentan más las 4 leyes físicas que rigen y dan forma a las partículas, que los “ladrillos” que forman la realidad (las mismas partículas). Por lo tanto, dicho con lenguaje clásico, son más importantes las relaciones que las sustancias. La química nos habla de cómo los protones y neutrones se unen, formando átomos más complejos, y de cómo los átomos se combinan entre ellos generando realidades nuevas, con propiedades nuevas, que no tenían sus componentes anteriores. Esto para no hablar del nivel biológico, donde la ecología nos hace conscientes de las relaciones y delicados equilibrios que permiten no solo la vida de cada organismo, sino también que la vida entre los organismos sea sostenible, dentro de ese mundo de relaciones en el que no importa solo cada especie, sino la vinculación y organización entre ellas dentro del espacio ecológico. O el nivel psíquico, donde la psicología evolutiva y social o el personalismo promueven una visión del hombre donde la calidad de las relaciones intersubjetivas son decisivas para el mismo ser y el desarrollo adecuado de cada persona.

Desde la base científica se postula una metafísica en la que la prioridad se le otorga a la calidad y precisión de las relaciones. Una metafísica que concede la valoración moral a las intervenciones humanas, no a calificar las cosas creadas y, por lo tanto, niega todo dualismo. Una metafísica más cercana a un Dios Trinidad en el que la relación de amor tiene la primacía sobre cualquier otro concepto.

¹ En las grandes síntesis medievales la razón de la partida y del retorno del mundo a Dios se relaciona más con la “*circularidad metafísica del ser*” (todo lo que sale de Dios, debe retornar a Dios) que con el plan de salvación.

El cuidado de la casa común. Una lectura de la *Laudato si'*

Raúl Silva

Era lógico que el propio papa Bergoglio respondiese, atendiendo a la gravedad de la situación y al generarse nuevas formas de pobreza, que le han llevado, como ha explicado, a inspirar su pontificado en la figura del santo patrón de la ecología: «Cuando fui elegido, (...) en relación con los pobres, (...) vino a mi corazón el nombre de Francisco de Asís. Para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en este momento, nosotros tenemos una relación no tan buena con la creación».

DESDE hacía algún tiempo se rumoreaba acerca de la publicación de una encíclica del papa Francisco dedicada a la *cuestión ecológica*, un tema de actualidad no solo por el significado del ambiente natural en el que el hombre vive y tiene experiencia de sí mismo, de los otros y del Creador, sino también por los desafíos que desde hace ya décadas se presentan a nuestro planeta, al cual la Iglesia misma ha prestado especial atención dedicándole estudios y diversos documentos.

Desde el primer momento de su pontificado, el papa Francisco, en obediencia al Evangelio, ha dedicado especial atención a cualquier forma de pobreza, yendo a su en-

cuentro, asumiéndola, pero también denunciándola oportuna e inoportunamente, poniendo al descubierto las causas.

A la pobreza de los hombres, corresponde después la pobreza de la “madre Tierra”. El cardenal Walter Kasper, hablando del *Desafío de la pobreza en el mundo de hoy*, a propósito del deseo del papa Francisco de “una Iglesia pobre para los pobres”, reconoce en las opciones pastorales del Papa el inicio de “una nueva etapa de evangelización” que engloba la respuesta a la cuestión ecológica. En una visión profética de la realidad, en continuidad con el pontificado precedente, Francisco apunta a un enfoque ético-social global a favor de la de-

fensa de la vida, afrontando de forma radical la cuestión ecológica: *«Una nueva cultura de la vida incluye una nueva actitud hacia la creación y plantea la cuestión ecológica. Elementos para una reflexión teológica sobre cuestiones ecológicas los encontramos ya en el papa Benedicto XVI. El papa Francisco, en su homilía al comienzo del ministerio petrino, el 19*

«El Cántico de las criaturas es el origen de un nuevo humanismo, caracterizado por una relación armoniosa con la naturaleza, con el universo, con los hombres, con Dios, una relación armoniosa que Francisco propone a través de una fraternidad universal...».

de marzo 2013, se refirió a san José como custodio, como “protector”. Habló de la ternura en relación con la creación. En esto es modelo Francisco de Asís. En la *Evangelii gaudium* escribe: *“Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita”*. El hombre debe de ser guardián de la creación³. Pero ¿qué hemos hecho de la tierra? Una progresiva desertización del terreno, tala de los bosques, contaminación de las aguas, devastación del medio ambiente, destrucción de las guerras... Por esto el Papa concibió en su mente una encíclica sobre la cuestión ecológica. Como Francisco de Asís en el Canto de las criaturas, también para el papa Francisco se trata de redescubrir la belleza como camino que conduce a Dios⁴.

Por tanto, era lógico que el Papa publicase esta encíclica en ese momento, coincidiendo con la EXPO 2015, en Milán, dedicada a los temas de la *nutrición* y del *desarrollo sostenible*, año en el que la ONU también estaba evaluando los objetivos para la erradicación de la pobreza.

En esto el papa Francisco no está solo. De hecho, al dirigirse a toda persona per-

tenezca o no a la Iglesia, más allá del magisterio conciliar o del pontificio, en el espíritu de la colegialidad y del diálogo, hace referencia a los documentos de muchas conferencias episcopales de los cinco continentes, igual que a las organizaciones internacionales relacionadas con organizaciones especializadas fundamentalmente en la ecología, actitud que le valió el reconocimiento positivo de los “verdes” y de otros.

Después de un amplio trabajo de investigación, de redacción y traducción, la encíclica *Laudato si’ (LS)*, sobre el cuidado de la casa común fue firmada el 24 de mayo 2015, Fiesta de Pentecostés, y finalmente hecha pública el 18 de junio del mismo año.

En la perspectiva del Cántico de las Criaturas

Como se desprende de su mismo nombre, la encíclica se escribió en la perspectiva del *Cántico de las criaturas* y, por tanto, desde las mismas profundas raíces teológicas.

«El Cántico es una invitación a los hombres a alabar al Creador por sus criaturas. Es una invitación a todas las criaturas a alabar a su Creador. Es una invitación a la alabanza que nace tanto de la contemplación de la belleza de las criaturas, como de la constatación de su bondad, de su “utilidad”. Es como si Francisco reanudase la exclamación de asombro que el Creador, según el relato del Génesis, tuvo al terminar cada acto creativo: “Y vio Dios que era bueno”».

Así, hablando de la creación, el corazón y la mente se dirigen al Creador, con una actitud típicamente cristiana.

«El Cántico de las criaturas es el origen de un nuevo humanismo, caracterizado por una relación armoniosa con la naturaleza, con el universo, con los hombres, con Dios, una relación armoniosa que Francisco propone a través de una fraternidad universal que le lleva a llamar a

todas las criaturas, y no solo al hombre, “hermano”, “hermana”, todos hechos tales por la obra creadora del Padre celestial, y más aún por la obra redentora de Cristo.

De aquí nace el cántico de alabanza: el hombre, pequeña y gran criatura, lleno de admiración y gratitud por tanta bondad, por tanta belleza, se asombra delante del Creador y dador de tantos dones. Francisco canta este asombro y esta alabanza con las expresiones de la Escritura, expresiones tantas veces repetidas en el Oficio divino de los laudes dominicales, tomadas de los salmos⁵ de los cánticos, y sobre todo del Cántico de Daniel.

«(...) Al cántico de las criaturas y del Creador, (Francisco) ha unido la obra de la redención realizada por Cristo, gracias a cuya muerte y resurrección todo el cosmos ha sido redimido y participa ahora de los cielos nuevos y de la tierra nueva, por lo que toda criatura lleva ya el signo de la “explosión de luz”, como lo ha definido Benedicto XVI, acaecida en la resurrección. Y así el cielo, la tierra, el sol, la luna y las estrellas, el viento, el agua, el fuego, llevan significación de la nueva realidad inaugurada por Cristo»⁶.

Idéntica actitud se encuentra en otros santos como, por ejemplo, Hildegarda de Bingen, la cual no solo tuvo visiones místicas referentes a la creación, sino que incentivó una relación acogedora y alegre de sus “hijas” para con la naturaleza en general, y con la propia naturaleza femenina.

El Resucitado y la creación

«Toda la vida de Cristo es misterio». Lo es en la triple dimensión de revelación, redención, recapitulación⁷. Por lo tanto, cualquier tema que se afronte, no puede serlo si no es en relación a Cristo y al Dios que él ha revelado (cf. nn. 96-100).

Pero veamos el mencionado discurso en el que Benedicto XVI explica el ‘cambio’ obrado en la Creación –y, con ella, en el hombre– por la ‘explosión de luz’ y que

«Su resurrección fue como una explosión de luz, una explosión de amor que rompió las cadenas del pecado y de la muerte. Su resurrección inauguró una nueva dimensión de la vida y de la realidad, de la que brota un mundo nuevo, que penetra continuamente en nuestro mundo, lo transforma y lo atrae a sí».

está a la base del Cántico de las criaturas de Francisco de Asís y como fundamento de la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco: «La resurrección de Cristo es un hecho acontecido en la historia [...] No se trata de un simple regreso a nuestra vida terrena; al contrario, es la mayor ‘mutación’ acontecida en la historia, el ‘salto’ decisivo hacia una dimensión de vida profundamente nueva, el ingreso en un orden totalmente diverso, que atañe ante todo a Jesús de Nazaret, pero con él también a nosotros, a toda la familia humana, a la historia y al universo entero. Por eso la resurrección de Cristo es el centro de la predicación y del testimonio cristiano, desde el inicio y hasta el fin de los tiempos. Se trata, ciertamente, de un gran misterio, el misterio de nuestra salvación, que encuentra en la resurrección del Verbo encarnado su coronación y a la vez la anticipación y la prenda de nuestra esperanza. Pero la clave de este misterio es el amor y sólo en la lógica del amor se puede acceder a él y comprenderlo de algún modo [...] Su resurrección fue como una explosión de luz, una explosión de amor que rompió las cadenas del pecado y de la muerte. Su resurrección inauguró una nueva dimensión de la vida y de la realidad, de la que brota un mundo nuevo, que penetra continuamente en nuestro mundo, lo transforma y lo atrae a sí»⁸.

Tenemos aquí, en síntesis, algunos elementos que, junto al reconocimiento de la «autonomía de las realidades terrestres»⁹, sirven de fundamento a la encíclica, llevando a afirmar que: «Nada de este mundo nos re-

sulta indiferente» (nn. 3-6), porque estamos «*Unidos por una misma preocupación*» (nn. 7-9). Bajos estos dos títulos, Francisco lanza una mirada retrospectiva al magisterio pontificio desde Juan XXIII en adelante y, además, al magisterio del Patriarca ecuménico Bartolomé, para el que la cuestión ecológica ocupa un amplio espacio, llegando a ser de este modo un interlocutor privilegiado en materia de ambiente¹⁰. De este modo, Francisco une el pasado y el presente, para proyectar las iniciativas hacia el futuro.

El texto parece valerse en gran parte del pensamiento de Pierre Teilhard de Chardin, s.j., así como de la «*reflexión de innumerales científicos, filósofos, teólogos y organizaciones sociales que enriquecieron el pensamiento de la Iglesia sobre estas cuestiones*» (n. 7) en el pasado pero también ahora. Entre todos, aunque no sea nombrado, parece sobresalir la importante contribución de Leonardo Boff, el cual dedicó las últimas décadas en particular a la *ecoteología*¹¹.

El texto de la encíclica

El texto cuenta de 246 párrafos dispuestos según un esquema lógico, claro e incisivo, resultado del uso del método “ver-juzgar-actuar” con el que el papa Bergoglio tiene mucha familiaridad: Introducción (nn. 1-16); 1. Lo que le está pasando a nuestra casa (nn. 17-61); 2. El evangelio de la creación (nn. 62-100); 3. Raíz humana de la crisis ecológica (nn. 100-136); 4. Una ecología integral (nn. 137-162); 5. Algunas líneas de orientación y acción (nn. 163-201); 6. Educación y espiritualidad ecológica (nn. 201-246).

Se trata de un texto crítico sobre la realidad del mundo de hoy, pero lleno de esperanza: esperanza en la capacidad en la capacidad de dar un giro a la cuestión ecológica; esperanza en la capacidad de diálogo

que nos permita que «*nos unamos para hacernos cargo de esta casa común que se nos ha confiado*»; esperanza en la infinita belleza de Dios que, al final, encontraremos cara a cara y nos desvelará definitivamente el misterio del universo. Por tanto, en definitiva, partiendo de la perspectiva del cuidado de la creación y de una ecología integral, la encíclica es una invitación urgente dirigida a todos los hombres y a todas las mujeres, para un *diálogo sincero y honesto sobre el futuro del planeta*.

En este sentido, la encíclica, después de constatar que «*todo está íntimamente ligado*», parte de «*lo que está pasando en nuestra casa*» (capítulo 1, nn. 17-61) presentando una radiografía de la situación ecológica en la que emergen los temas principales del debate actual: contaminación y cambios climáticos (nn. 20-26), la cuestión del agua (nn. 27-31), pérdida de biodiversidad (nn. 32-42), el deterioro de la calidad de la vida humana y degradación social (nn. 43-47), inequidad planetaria (nn. 48-52), para pasar después a considerar las cuestiones críticas debidas a la debilidad de las reacciones (nn. 53-59) y a la diversidad de opiniones (60-61).

Como se sabe, el papa Francisco tiene un particular amor por la Palabra de Dios. Más allá de la publicación de la *Evangelii gaudium* (en el 2013), es inolvidable su gesto de distribuir Evangelios en la Plaza de san Pedro con la recomendación de que se lleven en el bolsillo y se lean cada día. Ahora, en el capítulo 2, expone «*El evangelio de la creación*» (nn. 62-100). La Palabra salida de la boca de Dios ha dado el ser a cada cosa. Francisco recupera así algo que pertenece al inmenso patrimonio teológico de Benedicto XVI: «*cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario*»¹². Un pensamiento fundamental para la antropología cristiana, que

se verifica en la experiencia mística de Chiara Lubich, que llega a decir: «*El yo de mí existe ab eterno en la mente de Dios*». En esto está el proyecto de Dios y lo sagrado de la persona.

Hablando después de «*La sabiduría de los relatos bíblicos*» (nn. 65-75), afirma que «*La creación es del orden del amor*» (n. 77). El amor es la ley de la naturaleza en la cual todo está en relación de amor con todo, de tal modo que «*Todo el universo material es un lenguaje de amor de Dios*» (nn 89-92). Sobre esta base se fundamenta «*El destino común de los bienes*» (nn. 93-95).

En este momento, Francisco pasa al análisis de «*La raíz humana de la crisis ecológica*» (nn. 101-136), concentrando la atención en el paradigma tecnocrático (nn. 106-114), el antropocentrismo moderno (nn. 115-136), el relativismo práctico (122-123), el trabajo (nn. 124-129) y la innovación biológica (nn. 130-136). Partiendo de la constatación de que «*el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia*» (n. 105), llega a la conclusión de la necesidad de «*una discusión científica y social que sea responsable y amplia. [...] Es preciso contar con espacios de discusión don-*

Partiendo de la perspectiva del cuidado de la creación y de una ecología integral, la encíclica es una invitación urgente dirigida a todos los hombres y a todas las mujeres, para un diálogo sincero y honesto sobre el futuro del planeta

de todos [...] puedan exponer sus problemáticas o acceder a información amplia y fidedigna para tomar decisiones tendientes al bien común presente y futuro» (n. 135). Francisco ha dado pruebas de gran transparencia al afrontar

los problemas de la Iglesia en el momento de su elección y, por lo tanto, solo puede poner, con *parresía*, el dedo en la llaga cultural y ecológica.

Dado que «*falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos*», Francisco ve la necesidad de «*Educación y espiritualidad ecológica*». Por un lado, se trata de «*educación para la alianza entre la humanidad y el ambiente*» con el fin de «*crear una "ciudadanía ecológica"*», por otra parte, el abrirse a «*La conversión ecológica*»...

Su visión es la de «*Una ecología integral*» (nn. 137-162) que, por el hecho de que «*todo está conectado*», incluye el ambiente, la economía, lo social (nn. 136-142), la cultura (nn. 143-146), la vida cotidiana (147-155), o ese “todo” que es el bien común (nn. 156-158), el principio unificador en la ética social en sentido sincrónico y anacrónico respecto a «*La justicia entre las generaciones*» (nn 159-162).

En la tercera parte de la encíclica, el Papa traza «*Algunas líneas de orientación y de acción*» (nn. 163-201) en las cuales centra el diálogo sobre el medio ambiente en la política internacional (nn. 164-175) hacia nuevas políticas nacionales y locales (nn. 176-181). Se trata de un diálogo transparente con respecto a los procesos de toma de decisiones (182-188) en el que la política y la economía favorezcan la plenitud humana (nn. 189-198). Un diálogo en el que destaca el papel fundamental de las religiones con las ciencias (nn. 199-201). Si «*todo está conectado*», «*la interdependencia nos obliga a pensar en un solo mundo, en un proyecto común*» (n. 164). Transparencia del diálogo, por lo tanto, pero sin ingenuidad. En

este sentido, el Papa ve la necesidad de «adecuados mecanismos de control, de revisión periódica y de sanción de los incumplimientos» (167).

Dado que “todo” es bien común y que existe entre todo interdependencia, el “crecimiento” no puede ser solo económico, sino que debe abarcar al “todo”, por tanto, también al bien de todos, porque todo ha sido creado y confiado a todos. Por lo tanto, los indicadores deben incluir todos los parámetros necesarios para su garantía.

Para hacer efectivo este tipo de propuestas, y dado que «*falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos*» (n. 202), Francisco ve la necesidad de «*Educación y espiritualidad ecológica*» (nn. 202-246). Por un lado, se trata de «*educación para la alianza entre la humanidad y el ambiente*» (nn. 209-215) con el fin de «*crear una “ciudadanía ecológica”*» (n. 211), por otra parte, el abrirse a «*La conversión ecológica*» (nn. 216-221) de los que lo necesiten, «*que implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea*» (n. 217). Se trata, en definitiva, de «*vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios*» (n. 217), dentro de una «*comunidad universal*» en la que el creyente contempla el mundo «*desde dentro, reconociendo los lazos con los que el Padre nos ha unido a todos los seres*» (n. 220)¹³.

Profundizando: «*Cristo ha asumido en sí este mundo material y ahora, resucitado, habita en lo íntimo de cada ser, rodeándolo con su cariño y penetrándolo con su luz*» (n. 221)¹⁴. Por esto se puede hablar de una fraternidad universal, que se realiza según el modelo de la Trinidad (nn. 238-240) en la que todo existe (nn. 241-245).

paz 2010: “*Si quieres cultivar la paz, custodia la creación*”.

² EG 183; cf. 190.

³ EG 215.

⁴ Cf. J.M. Bergoglio/Papa Francisco, *La bellezza educerà il mondo* (ed. Orig. *Educar, exigencia y pasión. Desafíos para educadores cristianos*. Publicaciones Claretianas-CCS, Madrid 2013)

⁵ Cf. *Salmos* 104, 114, 136, 148.

⁶ Giuseppe Micunco, *Introduzione a Francesco d’Assisi, Cantico delle creature*, Stilo, Modugno (Bari), 2013.

⁷ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 512-518.

⁸ Benedicto XVI, *Discurso a los obispos, sacerdotes y fieles laicos participantes en la IV Asamblea eclesial nacional italiana*, Verona 19 de octubre de 2006.

⁹ Cf. *Gaudium et spes*, 37. “*Ha sido el Concilio ecuménico Vaticano II, en los años sesenta, bajo el impulso de una nueva teología de las realidades terrenas, el que propuso, después de la Segunda guerra, una visión optimista del mundo y de lo creado, especialmente en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo*” (Giuseppe Micunco, o. c., p. 23).

¹⁰ Cf. Benedicto XVI-Bartolomé I, “*Declaración común*”, en *Il Regno – documenti* 51/21 (2006), p. 706: “*En la época actual, delante de los grandes peligros para el ambiente natural, queremos expresar nuestra preocupación por las consecuencias negativas que pueden derivarse para la humanidad y para toda la creación de un progreso económico y tecnológico que no reconoce sus límites. Como jefes religiosos, consideramos uno de nuestros deberes alentar y apoyar los esfuerzos para proteger la creación de Dios y para dejar a las generaciones futuras una tierra en la que puedan vivir*” (n. 6).

¹¹ Cf. Leonardo Boff, *Saber cuidar*, Vozes, Petrópolis 1999).

¹² Benedicto XVI, *Homilía para el solemne inicio del ministerio petrino* (4 de abril del 2005).

¹³ Cf. Piero Coda, *Dio e la creazione I. La creazione dal nulla*, en *Nuova Umanità*, 20 (1998), n. 115, 67-88; IDEM, *Il Cristo crocifisso e abbandonato. Redenzione della libertà e nuova creazione*, en ATI, *Futuro del cosmo futuro dell’uomo*, a cura di S. Muratore, Ed. Messaggero, Padova 1997, 191-232.

¹⁴ Cf. AA. VV., *Egli è vivo! La presenza del Risorto nella comunità cristiana*, Città Nuova, Roma 2006. Se trata de profundizar a partir de “Jesús en medio”, el tema sobre la acción del Resucitado desarrollado por Chiara Lubich a un grupo de Obispos Amigos del Movimiento de los Foculares, en Rolle (Suiza), el 5 de agosto del 2004.

¹ Benedicto XVI, *Carta encíclica Caritas in veritate* (2009), n. 48; *Mensaje para la jornada mundial de la*

Bartolomé I y la ecología. Fundamentos y espiritualidad

Mirvet Kelly

Al patriarca ortodoxo Bartolomé I se le cita cinco veces en la Laudato si' (nn. 7-9). Desde hace tiempo no solo es un promotor de la "causa ecológica", sino que ofrece una visión espiritual sobre la creación rica de profundidad sapiencial y de apertura ecuménica. Expresa el interés de la Iglesia ortodoxa por la ecología.

EN los últimos siglos, a través del rápido desarrollo de la ciencia y de la tecnología, el hombre ha adquirido la capacidad de transformar su medio ambiente en modos y medidas sin precedentes. Ha obtenido muchos beneficios del desarrollo y mejora de la calidad de la vida, pero también ha provocado daños incalculables, como la contaminación de las aguas, del aire, de la tierra y de los seres vivos; notables perturbaciones del equilibrio ecológico de la biosfera; destrucción y agotamiento de recursos insustituibles y graves carencias nocivas para la salud física, mental y social del hombre en el medio ambiente. La defensa de la creación se ha convertido para la humanidad en un objetivo imperioso, una tarea para cuya realización será necesario coordinar y armonizar las iniciativas y la responsabilidad de todos los hom-

bres del mundo entero y la cooperación por parte de todos los Estados. Para alcanzar esta meta, las Naciones Unidas presentaron la primera declaración sobre el medio ambiente en Estocolmo en 1972, para sensibilizar la opinión pública sobre el tema a nivel mundial y para llamar la atención del mundo político, han declarado el 5 de junio Jornada Mundial de Medio Ambiente.

En 1989, respondiendo al llamamiento del entonces patriarca de Constantinopla, Su Santidad Demetrio I, proclamó el primero de septiembre, fecha de comienzo del año eclesiástico en la Iglesia ortodoxa. Es la llamada *Jornada por la custodia de la creación*. Su sucesor, Su Santidad Bartolomé I, ha proseguido la súplica expresando que «durante este día doblamos las rodillas del alma y del corazón y pedimos al Verbo de Dios que vele benigneamente por su creación y que, pasan-

do por encima de los pecados y de la avidez de los hombres, abra su mano y cumpla lo que le pedimos con toda bondad, deteniendo el rumbo catastrófico del mundo». Sentía que es un deber indispensable porque «una Iglesia que descuida orar por el ambiente natural es una Iglesia que rechaza dar de beber y de comer a una humanidad que sufre. Del mismo modo, una sociedad que ignora su mandato de cuidar de todos los hombres es una sociedad que maltrata la creación de Dios, incluso el ambiente natural, lo cual equivale a una blasfemia»¹.

La defensa de la creación se ha convertido para la humanidad en un objetivo imperioso, una tarea para cuya realización será necesario coordinar y armonizar las iniciativas y la responsabilidad de todos los hombres del mundo entero y la cooperación por parte de todos los Estados.

Regularmente, cada año, con un mensaje patriarcal que se lee en la iglesia, recuerda este deber a los fieles. Ha aumentado el compromiso ecológico, al punto de ser llamado el “patriarca verde”. Declara que este tema «sacude fuertemente las cuerdas de nuestro corazón y nos impulsa a trabajar con celo por la sensibilización de la opinión pública».

De 1994 a 1999, todos los años se ha tenido en la ex Sagrada Facultad Teológica de Chalki un seminario ecológico, que se continúa cada año en diversos países. El del año pasado, 2015, se tuvo en la propia sede del Fanar, en Estambul, sobre el tema *Teología, Ecología y Logos: diálogo sobre el ambiente, la literatura y las artes*. En él participan expertos del medio ambiente, científicos, periodistas, teólogos y profesores universitarios para un diálogo entre expertos provenientes de todo el mundo sobre temas de biodiversidad y la conservación, la energía

y el cambio climático, la economía y la innovación.

El Patriarca, sobre el tema de las ciencias ambientales, ha participado en muchos congresos, se le han conferido varios doctorados *honoris causa*, ha pronunciado muchos discursos y dirigido un gran número de mensajes. La *Charta Oecumenica* de 2001 propuso instituir a nivel europeo una jornada ecuménica anual de oración por la salvaguarda de la creación. La Conferencia episcopal italiana, en 2006, estableció celebrar el primero de septiembre como *Jornada de sensibilización por la salvaguarda de la Creación*. El patriarca Bartolomé ha encontrado en los pontífices Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, interlocutores atentos al tema de la salvaguarda de la creación, y con cada uno ha firmado una declaración conjunta sobre temas ético-ambientales.

El mismo Patriarca ha querido apoyar cualquier iniciativa que sirva para embellecer, sanar y preservar esta tierra. «Porque el respeto de la creación deriva del respeto por la vida y la dignidad humana. Dios ha creado un mundo bello y armonioso y «en el centro de la creación nos ha puesto a nosotros, los seres humanos, con nuestra inalienable dignidad. Él nos ha dado un alma inmortal, fuente de autoconciencia y de libertad, dotes intelectuales que nos hacen a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26-31; 2,7). Dios nos ha puesto en el mundo para que colaboráramos con Él para realizar cada vez más plenamente el fin divino de la creación»². Dios ha dado al hombre el mandamiento de “trabajar y custodiar” toda la tierra, de modo que «tenemos derecho a alimentarnos, vestirnos y obtener de la tierra todo lo necesario para vivir», «pero también tenemos el análogo deber y obligación de explotarla de modo que se conserve la capacidad de la tierra de producir en el futuro los mismos bienes». El equilibrio y la armonía ecológica no deben ser perturbados porque esto «nos dañará tanto a nosotros

como a nuestro prójimo. Y ya que nuestra conciencia no nos permite dañar al prójimo, tampoco debe permitirnos acciones con las cuales indirectamente, a fuego lento, pueda ser dañado él. Ciertamente, respetamos la creación de Dios porque respetamos a Dios y su obra».

Prosigue Su Santidad diciendo que «las causas de tales cambios ecológicos no están inspiradas por Dios». La destrucción de la armonía originaria de la creación no es sino consecuencia del pecado. «Si examinamos atentamente la crisis social y ambiental que afronta actualmente la comunidad mundial, hemos de concluir que seguimos traicionando el mandato que Dios nos dio». Solo «reconociendo que el mundo fue creado por Dios, podemos discernir un orden moral objetivo dentro del cual articular un código de conducta medioambiental».

«Reconozcamos, pues, arrepentidos, la explotación injusta de nuestro planeta, que constituye un pecado ante los ojos de Dios. Reafirmemos nuestra responsabilidad» sabiendo que «el antídoto que la Iglesia ofrece para remediar los males ecológicos es la vuelta del hombre a ser y a vivir como imagen de Dios, en la antigua belleza originaria». Por eso «hace falta un acto de arrepentimiento de parte nuestra, y un renovado intento de que nos miremos a nosotros mismos, que nos miremos el uno al otro, y que miremos al mundo que nos rodea en la perspectiva del designio divino sobre la creación». En el fondo, pues, el problema es «de orden moral y espiritual. Solo se puede hallar una solución a nivel económico y tecnológico si dentro de nuestro corazón se verifica un cambio lo más radical posible». ¿Estamos dispuestos «a sacrificar nuestro egocentrismo y consumismo? ¿Estamos dispuestos a dirigir nuestra atención hacia esa parte del mundo que tiene necesidad, a dejar una huella más llevadera en este planeta por el bien de las futuras generaciones»?³. Esto exige un acto de humildad que consiste en «reconocer los límites de nuestras fuerzas» y «los límites de nuestra conciencia y de nuestra capacidad de juicio».

Las decisiones, las acciones que se han tomado sobre cómo debería ser el mundo «nos están alejando del designio de Dios sobre la creación». No se nos ha dado un poder ilimitado sobre la creación; nosotros solo somos personas al servicio de una herencia común, somos seres mortales y «la debilidad de nuestros juicios nos advierte que no emprendamos acciones irreversibles respecto a lo que optamos por considerar como propiedad nuestra durante nuestro breve paso por esta tierra».

«Es necesario un cambio radical en la política y en la economía que destaque el valor único y fundamental de la persona humana, poniendo un rostro humano a los conceptos de trabajo y productividad. Es urgente, un deber, cultivar en nuestra sociedad una cultura de la solidaridad».

Ser humildes sobre la idea de posesión y abiertos a las preguntas que se dirigen a nuestro sentido de solidaridad. Luego saber «estar dispuestos a estudiar los verdaderos valores basados en la ley natural, que constituye el fundamento de toda cultura humana», «tenemos necesidad de una espiritualidad que cultive la humildad y el respeto y que sea consciente de los efectos de nuestras acciones sobre la creación»⁴. Es más, se necesita «una nueva cultura», donde la persona humana esté en el centro de la creación, y que «se inspire en un comportamiento ético respecto al ambiente, que se basa en nuestra triple relación a Dios, a nosotros mismos y a la creación. Una ética tal anima la interdependencia y subraya los principios de la solidaridad universal, de la justicia social y de la responsabilidad con miras a promover una verdadera cultura de la vida», ya que «estamos atrapados por círculos tiránicos creados por la necesidad de aumentar constantemente la productividad y la provisión de bienes de consumo».

Es necesario un cambio radical en la política y en la economía que destaque el valor único y fundamental de la persona humana, poniendo un rostro humano a los conceptos de trabajo y productividad. Es urgente, un deber, cultivar en nuestra sociedad una cultura de la solidaridad». El mundo no es solo nuestro, sino de «nuestros hijos, y las futuras generaciones tienen derecho a un mundo mejor, un mundo no degradado, sin violencia, sin derramamiento de sangre, un mundo de generosidad y de amor». Tratemos de pensar en los niños del mundo cuando reflexionamos sobre nuestras opciones y examinémoslas antes de obrar. En el intento de aumentar el bienestar espiritual y material de las generaciones presentes y futuras, el amor nos mostrará el camino a seguir.

El futuro de todos los hombres es común, y la acción de uno perjudica o beneficia a todos. «La ciencia moderna, paralelamente a la actividad económica, nos obliga a aceptar la verdad cristiana de la unidad del futuro de la Humanidad. Hasta hoy sobrevive ciertamente el espíritu individualista; solo con la colaboración y la mejora moral general podemos obtener provecho recíproco».

Los cristianos estamos llamados a ocupar la primera fila en proclamar los valores morales y en educar a las personas a una conciencia ecológica, pero Su Santidad se dirige a todos «los hombres y mujeres de buena voluntad para que busquen el modo de vivir con el menor derroche y mayor sobriedad, manifestando menor avaricia y mayor generosidad por la protección del mundo de Dios y para bien de su pueblo». Ha querido promover un acercamiento pacífico, porque cree en la capacidad de la razón humana y en la vía del diálogo para alcanzar un acuerdo, respeta los puntos de vista de todos los que no están de acuerdo con él y al mismo tiempo busca soluciones mediante un intercambio sincero. Hace un llamamiento a la «centralidad de la persona humana», «solidaridad universal», «justicia social» y «la responsabilidad» para re-

mediar decisiones y acciones que «han llevado a la Humanidad lejos del proyecto divino de la creación».

Se dirige a todos «los hombres y mujeres de buena voluntad para que busquen el modo de vivir con el menor derroche y mayor sobriedad, manifestando menor avaricia y mayor generosidad por la protección del mundo de Dios y para bien de su pueblo»

El papel del Patriarca Ecuménico, como él afirma, «es sensibilizar esta conciencia. No podemos tomar medidas administrativas o legales para eliminar la contaminación o los males medioambientales. No tenemos los medios materiales para reparar los daños causados al ambiente natural. Por eso tratamos de convencer a cuantos, vecinos nuestros, poseen los medios o el modo de hacer lo que puedan, aunque sea poco, en el ámbito de la acción individual, sea mucho en el ámbito del esfuerzo colegial de un gobierno»⁵.

Su Santidad, con un espíritu lleno de optimismo, afirma: «No es demasiado tarde para actuar, pero no podemos permitirnos esperar». Pide oraciones para que cambie «la mentalidad de los poderosos del mundo y los ilumine a no destruir el ecosistema del planeta por razones de provecho económico y de efímero interés»⁶.

¹ Discurso del Patriarca Bartolomé al Instituto católico de París. Una Alianza entre ecología y teología.

² Declaración conjunta de Juan Pablo II y del Patriarca Bartolomé, 10.07.2002.

³ Patriarca Bartolomé I, Filipinas, 28.02.2015, del discurso *Cuidado de la creación, justicia ecológica y ética*.

⁴ Patriarca Bartolomé I, París, 27-31.01.2014.

⁵ El patriarca ecuménico frente al problema ecológico, Venecia, 19.06.2002

⁶ El Patriarca Bartolome I, en la *Carta encíclica*, 27.8.2012.

Descarte y derroche: un escándalo

Mauro Mantovani, s.d.b.

Entre los varios requerimientos que el papa Francisco está presentando como urgentes no solo a la Iglesia sino a toda la comunidad de los pueblos y de las naciones, la superación de la “cultura del descarte” y del “escándalo del derroche” reviste sin duda un ministerio importante. Nos presenta una espiritualidad del “saber cuidar” que se hace cultura, estilo de vida, educación, buenas prácticas, testimonio concreto en la vida de todos los días.

LA palabra “descarte” procede del latín *ex-cerpere*, que significa cortar, separar lo que no tiene valor, eliminándolo. Puede notarse la insospechada parentela semántica: el “cer” en *ex-cerpere* (descartar) y el “cer” en *sa-cer* (sagrado): también “sagrado” es lo que es separado, pero no para ser tirado, sino para poder ser venerado, participando en su grandeza. ¿Qué separamos nosotros hoy para descartar, y, por otra parte, qué tenemos por sagrado? ¿No deberíamos afinar mejor nuestros criterios, y quizá reconocer el valor de lo que descartamos y el desvalor de los ídolos que adoramos? En este camino contracorriente nos guía, con su sabio magisterio, el papa Francisco. En particular, la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* y la encíclica *Laudato si'* nos ayudan a leer los signos de los tiempos con ojos nuevos.

Repasamos brevemente los contenidos,

para referirnos después a dos interesantes experiencias.

No al descarte y al despilfarro en *Evangelii gaudium*

El papa Francisco, en *Evangelii gaudium*, denuncia ante todo la difusión de la cultura de la indiferencia y del descarte cuando se hacen prevalecer aspectos exclusivamente económicos. Con una economía de exclusión, «*queda afectada, en su misma raíz, la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella debajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera*»¹.

En una sociedad que parece olvidarse cada vez más de la dimensión específicamente humana, puede suceder que no sea noticia que muera de frío un anciano que vive en la calle, mientras sí lo sea una variación de la bolsa. Añade el papa Francisco: «*No se puede tolerar más que se tire la comi-*

da, cuando hay gente que pasa hambre. [...] Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. [...] Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobras”². Y los espacios de relación, sean locales, nacionales o internacionales, en los que una sociedad injusta y excluyente abandona a una parte de ella, empobrecida por la falta de igualdad de oportunidades, se convierten a menudo en lugares de inseguridad, conflicto y violencia, que necesitan por esto de soluciones que vayan a la raíz y a las causas de la injusticia misma³.

En este sentido, el papa habla de un verdadero “grito de los pobres”, que no puede ser desatendido frente al escándalo del derroche. Él cita el documento de la Conferencia episcopal brasileña de abril de 2002, *Exigencias evangélicas y éticas de la superación de la miseria y el hambre*, afirmando que «en cada lugar y circunstancia, los cristianos, alentados por sus pastores, están llamados a escuchar el clamor de los pobres: “Nos escandaliza el hecho de saber que existe alimento suficiente para todos y que el hambre se debe a la mala distribución de los bienes y de la renta. El problema se agrava con la práctica generalizada del desperdicio”⁴.

No al descarte y al derroche en la *Laudato si'*

En la *Laudato si'*, en el n. 16, el papa Francisco recuerda algunos ejes que atraviesan toda la encíclica: la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta; la convicción de que en el mundo todo está conectado; la crítica al nuevo paradigma y a las formas de poder que se derivan de la tecnología; la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso; el valor propio de cada criatura; el sentido humano de la ecología; la necesidad de debates sinceros y honestos; la grave respon-

sabilidad de la política internacional y local; la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida⁵.

Luego recuerda que estas cuestiones tan urgentes de la contaminación «están íntimamente ligadas a la cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura»⁶.

Por tanto, no podemos dejar de considerar «los efectos de la degradación ambiental, del actual modelo de desarrollo y de la cultura del descarte en la vida de las personas»⁷, índice de una patología propia de la cultura del relativismo, que aplica la lógica del “usa y tira” sobre las personas y sobre el ambiente.

«No se puede tolerar más que se tire la comida, cuando hay gente que pasa hambre. [...] Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. [...] Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobras”»

A propósito del despilfarro, en la *Laudato si'*, después de haber citado al papa Benedicto y al patriarca Bartolomé, el pontífice recuerda que la costumbre de consumir, derrochar y tirar alcanza niveles inauditos en los países más desarrollados y en los sectores más ricos de la sociedad, igual que es particularmente importante hoy la cuestión del derroche del agua⁸.

También es especialmente escandaloso el derroche de alimentos: «El alimento que se desecha es como si se robara de la mesa del pobre». Sabemos —añade el papa— que «se desperdicia aproximadamente un tercio de los alimentos que se producen»⁹. Tiramos cosas que otros se comerían o podrían utilizar. Y así nos sumergimos poco a poco en nuestros desechos, y nuestro derroche contamina el

mundo y calienta el planeta. No por caso, lo que los científicos llaman el *Overshoot Day*, o sea, el día del año en el que se consumen todos los recursos que nuestro planeta produce y dispone para ese año, empezando así a recortar el “capital natural” que debería servir para el futuro del planeta mismo y de las nuevas generaciones, se estimó en 2015 que era el jueves 13 de agosto. Eso significa que desde el día después, la Tierra ha empezado a consumir las reservas del año en curso, 2016¹⁰. Además, parece que ya no nos acordamos de que, frente a situaciones de miseria degradante, también están los que «*ni siquiera saben qué hacer con lo que poseen, ostentan vanidosamente una supuesta superioridad y dejan tras de sí un nivel de desperdicio que sería imposible generalizarlo sin destruir el planeta*»¹¹.

Cuando prevalece la lógica del derroche, comenta Chiara Giaccardi, «*quien no se adapta a los modelos de eficiencia y performance circunstantes y no alcanza los estándares requeridos, es abandonado a su destino y descartado. En cualquier caso, se le pone alejado de la vista y “almacenado” en nuevos lugares, “adaptados” para dar salida a los desechos humanos: son los banlieues, los campos de refugiados, los nuevos guetos*»¹².

Dos experiencias interesantes

Frente a esta situación, los textos del papa Francisco presentan una verdadera y auténtica propuesta de espiritualidad y de cultura que se basa en la teología de la creación y en la responsabilidad de cada persona en «*cuidar la casa común*». No faltan experiencias edificantes de “buenas prácticas” en esta perspectiva. Indicamos dos, meramente como ejemplo.

Roberto Cipollone, para muchos más conocido como *Ciro*, es un artista de Loppiano (Florencia) cuyo taller artesanal testimonia un compromiso concreto en favor

del respeto y de la tutela del medio ambiente. Recoge cosas que encuentra de todo tipo, variados objetos de uso cotidiano, y los recupera devolviéndoles una nueva dignidad. Estaban sin vida y tirados, y

No podemos dejar de considerar «*los efectos de la degradación ambiental, del actual modelo de desarrollo y de la cultura del descarte en la vida de las personas*», índice de una patología propia de la cultura del relativismo, que aplica la lógica del “usa y tira” sobre las personas y sobre el ambiente.

en cambio ahora son “reinventados” nuevamente. *Ciro* trabaja desde la madera al hierro, desde la piedra a la fusión en bronce, desde la lata al plástico y hace con ellos esculturas y pinturas, verdaderos «*iconos de una nueva modernidad que genera, y después abandona y olvida*». Un taller-laboratorio-oficina en el que, a través del arte, se vence la cultura del descarte. «*No existe la pretensión de decir no se sabe qué, sino solo la felicidad de haber recompuesto lo que había sido fragmentado: la historia, no solo de los materiales recuperados, sino también de los hombres que los han utilizado*». Entre los objetos destaca una hermosísima maceta de terracota negra, compuesta por muchos trocitos pegados con extremo cuidado: «*¡Mira! –exclama–. Lo encontré en el contenedor de la basura; no sé cómo comprendí sacarlo de allí, y lo he vuelto a recomponer*».

En la obra de sensibilización contra el derroche, y especialmente el de alimentos, es interesante señalar las conferencias-espectáculo ofrecidas por el abogado Massimo Melpignano y por el educador financiero Antonio Cajelli, autores e intérpretes de *Érase una vez el Ueist (Food)*, ya representada en toda Italia. La obra experimenta un reco-

rrido de legalidad que, a través de la conciencia, arrastra a los participantes a un en-

La “conversión ecológica” es ciertamente una tarea de gran responsabilidad, para la cual el patrimonio de espiritualidad, valores y experiencias de la vida consagrada puede representar un don precioso que ofrecer a la sociedad de hoy

volvente juego de sonrisas y emociones durante el cual se examinan muchos aspectos del derroche: desde los recursos a la pérdida, a la producción, desde lo que llega a nuestra mesa hasta nuestro cubo de la basura. Legalidad y alimento, respeto del ambiente y respeto de la persona, conciencia de nuestros gestos cotidianos. «*Son los ingredientes del menú del mundo que queremos disfrutar y servir en la mesa de la vida de nuestros hijos*», les gusta repetir a los autores, que añaden: «*Hay muchos que hablan de despilfarro. Nosotros tratamos de mirarlo desde varias perspectivas [...], hasta el despilfarro en el consumo, porque nosotros consumimos más de lo que nos sirve. Tratamos de comprender juntos por qué sucede esto, y quién ha querido que sea así*»¹³.

Todos estamos implicados

La lucha contra la “cultura del descarte” y contra el “escándalo del despilfarro” afec-

ta a todos, porque a todos está confiada la “casa común” en la que hemos de habitar como hermanos. Durante el histórico encuentro en Cuba entre el papa Francisco y el patriarca Kirill, se declaró que «*este mundo, en el que desaparecen progresivamente los pilares espirituales de la existencia humana, espera de nosotros un fuerte testimonio cristiano en todos los ambientes de la vida personal y social*»¹⁴. Por esto, la “conversión ecológica” –entendida en su sentido más pleno e integral– es ciertamente una tarea de gran responsabilidad, para la cual el patrimonio de espiritualidad, valores y experiencias de la vida consagrada puede representar un don precioso que ofrecer a la sociedad de hoy.

¹ Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 53.

² EG, n. 53.

³ Cf. EG n. 59

⁴ EG, n. 191

⁵ Francisco, *Laudato si'*, n. 16.

⁶ LS, n. 22.

⁷ *Ibid*, n. 43.

⁸ Cf. *Ibid*, n. 30.

⁹ LS, n. 50.

¹⁰ Cf. L. Mercalli, *La Terra domani inizia a consumare le riserve del 2016*, en *La Stampa* (13 agosto 2015).

¹¹ LS, n. 90.

¹² C. Gianccardi, *Scarto, Il vocabolario di Papa Francesco*, Torino 2015.

¹³ Cf. www.youtube.com/watch?v=Da4Yjn-1h4UU, 0'33" - 0'49

¹⁴ Francisco –Kirill, *Declaración Común*, (La Habana, 12 febrero 2016), n. 28.

«*Se pretende legitimar así el modelo distributivo actual, donde una minoría se cree con el derecho de consumir en una proporción que sería imposible generalizar, porque el planeta no podría ni siquiera contener los residuos de semejante consumo. Además, sabemos que se desperdicia aproximadamente un tercio de los alimentos que se producen, y “el alimento que se desecha es como si se robara de la mesa del pobre”*».

Papa Francisco, *Laudato si'*, n° 50

Francisco de Asís: un carisma “verde”

Egidio Canil, o.f.m.conv.

Son muchas las ideas inspiradoras que el santo de Asís ha ofrecido al papa Francisco. Ante todo, el nombre para su ministerio petrino. Luego varias ideas para el programa de su pontificado, como una Iglesia “pobre” y “al servicio de los pobres” y el compromiso de la Iglesia y de la Humanidad por custodiar el planeta y “cuidar la casa común”.

El carisma de Francisco de Asís sigue inspirando el camino de la Iglesia y del mundo

A todos ha parecido evidente que la encíclica *Laudato si'* sea una encíclica “franciscana”, no solo por el título, sino también por su contenido. Por eso cualquier aproximación y profundización de la encíclica son posibles solo después de un adecuado conocimiento de la vida y de las originales intuiciones que Francisco de Asís, genial autor del *Cántico del hermano sol*, tenía con respecto a las criaturas y a toda la creación. De hecho, Dios en el siglo XIII, a través del santo de Asís, llegó a suscitar en la Iglesia y para la humanidad un carisma providencial: el de la “*fraternidad universal*” y el de una visión original del mundo. Un carisma que ha llegado a las culturas y los confines del mundo. Y a ocho siglos de distancia, sigue fascinando

y siendo de actualidad para los hombres de nuestro tiempo. Se trata de un carisma que arroja luz sobre las relaciones de los hombres entre ellos y sobre la relación que la familia humana está llamada a mantener con el ambiente y la creación entera. Es de actualidad porque parece que la humanidad, por los intereses de unos pocos, haya “declarado la guerra” a la “casa común” en la que los hombres están llamados a vivir.

Por esta original contribución del carisma franciscano, san Juan Pablo II, después de haber reconocido que «*entre los santos, que muestran un culto singular por la naturaleza, como magnífico don hecho por Dios a la humanidad, ha de contarse mercedamente a san Francisco de Asís*», lo proclamó con toda razón «*Celestial patrono de los cultivadores de la ecología*». Siete años más tarde, el mismo Papa le reconoció otro título: el de «*hombre de la paz*», e hizo de su ciudad natal la «*ciu-*

dad del diálogo y de la oración de las Religiones por la paz». De hecho, fue en Asís donde convocó, por primera vez en la historia, a los representantes de las diversas Religiones del planeta para orar por la paz, evento que tuvo lugar el 27 de octubre de 1986. El mismo Papa definió el clima que se vivió aquel día con la conocida frase de «*espíritu de Asís*». Benedicto XVI, con su presencia en Asís para el 25 aniversario de aquel «*espíritu de Asís*», después de haber definido la iniciativa de su predecesor como «*audaz y profética*», amplió también el significado del «*espíritu de Asís*» con el «*cuidado*» y el «*respeto de la naturaleza*».

El Cántico del hermano sol, en el corazón del papa Francisco

El papa Francisco, desde el comienzo de su pontificado, ha confirmado la actualidad del mensaje de Francisco de Asís. En el encuentro con los periodistas después de su elección, justificó así la elección de su nombre: «*¡Francisco de Asís! ¡Es para mí el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación! ¡En este momento tenemos con la creación una relación no muy buena!*». Y en la homilía para el comienzo del ministerio petrino, el papa Francisco, inspirándose en el Santo de Asís, puso la «*vocación de custodiar*» como uno de los puntos centrales de su programa apostólico. Y precisó: «*Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos mostró san Francisco de Asís: es tener respeto por toda criatura de Dios y por el medio ambiente en el que vivimos*».

Es oportuno, pues, dar una ojeada al mensaje original que nos dejó Francisco de Asís, sobre todo a través de sus escritos, de su vida y de su carisma. Un testimonio que cubre todo el arco de su vida, hasta la creación del *Cántico del hermano sol*, que

tuvo lugar hacia el final de su existencia terrena, en las horas más duras y dolorosas de su vida.

Hacia dos años que Francisco había sido conformado a Cristo crucificado mediante los estigmas, y fue precisamente en aquellas horas de oscuridad por la ceguera física que lo hería, cuando dirigió su mirada inspirada y poética a la creación. Una de las primeras biografías describe así su condición física cuando compuso el *Cántico*: «*Llevaba el beato Francisco en san Damián cincuenta días. No pudiendo soportar de día la luz natural, ni de noche la claridad del fuego, estaba siempre en la oscuridad en casa y en la celda. Sentía día y noche tan atroces dolores en los ojos que casi no podía descansar ni dormir, lo cual aumentaba y empeoraba todas las demás enfer-*

«Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos mostró san Francisco de Asís: es tener respeto por toda criatura de Dios y por el medio ambiente en el que vivimos».

medades suyas»¹. En esta condición dramática y dolorosa, consiguió expresar todo su estupor por la belleza de la creación y estalló en un canto de alabanza al Creador. Afirma el santo mismo: «*Quiero, para alabanza de Dios y consolación mía y para edificación del prójimo, componer una loa al Señor acerca de sus criaturas. Nosotros, cada día, usamos las criaturas y sin ellas no podemos vivir, y, en cambio, en ellas el género humano ofende mucho al Creador. ¡Y cada día nos mostramos ingratos por este gran beneficio, y no damos gloria, como deberíamos, a nuestro Creador y dador de todo bien!*»².

No solo en aquellas últimas horas sino toda la vida de Francisco de Asís fue un canto de alabanza y de amor al Altísimo

por la creación. Dios había inspirado a Francisco la nueva visión del mundo desde su conversión. Después del abrazo al leproso que lo llevó a cambiar de vida, en la iglesia abandonada de san Damián, recibió del Crucificado un mandato preciso: «¡Francisco, ve y repara mi casa, que, como ves, está toda en ruinas!»³. Misión que, después de ocho siglos, a través de la encíclica *Laudato si'*, la Iglesia hace suya y la entrega a todos los hombres: la misión de construir la «fraternidad entre los pueblos» y la salvaguarda de la «casa común», la creación.

Aproximación antropológica y teológica de san Francisco a la creación

La relación que san Francisco instauró con el mundo no consistía en una relación abstracta con la creación, sino concreta, con cada criatura, «con todas tus criaturas». Todas, incluidos los seres inanimados, fueron para él «Frate – hermano» y «Sora – hermana», o sea, “hijos” e “hijas” de un mismo Padre. Todos, incluido el lobo, el bandidero, el diferente, el leproso, el “enemigo”, como Melek el Kamil, sultán de Egipto, que conoció durante la V Cruzada, el pobre, etc.: ¡todos son para Francisco “hermanos” a quienes amar! Y fue decidido a su encuentro, creando con cada uno una relación de profunda amistad y de verdadera hermandad.

*«¡Alabado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta!
Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna...».*

San Francisco, a través de las criaturas,

encuentra su verdadera relación con Dios, con el Creador. Acercándose a las criaturas y admirando su belleza, él admira, contem-

Todos, incluido el lobo, el bandidero, el diferente, el leproso, el “enemigo”, como Melek el Kamil, sultán de Egipto, que conoció durante la V Cruzada, el pobre, etc.: ¡todos son para Francisco “hermanos” a quienes amar! Y fue decidido a su encuentro, creando con cada uno una relación de profunda amistad y de verdadera hermandad.

pla y canta la belleza de Dios. En esto se diferencia de los autores sagrados del Antiguo Testamento. En el *Cántico del hermano sol*, Francisco no invita a las criaturas a alabar a Dios, sino que se invita a sí mismo y a todos los hombres a alabar y dar gloria a Dios por la belleza que descubre en las criaturas. La alabanza que Francisco eleva no se dirige a las criaturas, sino a Dios, a su Creador.

*«Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuya es la alabanza, la gloria y el honor y toda bendición...*

*Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente por el hermano Sol... ¡de Ti,
Altísimo, trae significación!»*

San Francisco, además, manifiesta su estupor por las criaturas no solo por sí mismas sino por la finalidad para la que fueron pensadas y creadas por Dios, por su existir para el servicio del hombre. Las criaturas son dones de Dios a los hombres. Han sido queridas, creadas y donadas al hombre, para que el hombre se sirva de ellas y goce con ellas. Por eso llaman al hombre a alabar y a dar gracias a Dios,

comprometiéndose además a ser fiel custodio del don recibido.

«¡Alabado seas por la hermana agua –que para Francisco–
es muy útil y humilde y preciosa y casta!
Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana
la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna...».

Todo ha sido querido y todo ha sido puesto por Dios a disposición del hombre. Por eso el hombre, cuando daña el ambiente, contamina, malgasta, violenta a la naturaleza, no solo ofende a Dios, sino también se hace daño a sí mismo, porque se priva de todos esos dones y obliga a «nuestra hermana madre tierra» a producir frutos y flores contaminados y nocivos para el hombre.

Además, san Francisco tiene una visión teológica de la creación, sobre todo en relación a dos misterios de la fe cristiana: el misterio de la Encarnación y el de la Redención. Para san Francisco, un gusanillo que se encuentra en el camino le recuerda a Cristo que se hizo “gusano de la tierra”. Cada hermano leproso que abraza le recuerda a Cristo que, en la pasión, carece de rostro humano. ¡En el corderito que es llevado al mercado recuerda a Cristo, “Cordero de Dios”! En los pobres encuentra a Cristo que, “siendo rico, se hizo pobre”, etc. Y el mismo diálogo que instaura con las criaturas sucede con el misterio de la Redención. Cuando el Santo se relaciona con las criaturas, cuando “predica” a los pájaros, cuando encuentra y amansa al lobo, hace presente la Redención. Como hombre salvado, estigmatizado y transformado en “otro Cristo”, percibe la condición de los primeros padres antes del pecado, cuando en el Edén vivían en armonía con todas las criaturas. Además, con tal acercamiento a la creación, san Francisco ofrece su aportación a la redención del

mundo, en la línea expresada por san Pablo en su Carta a los Romanos, cuando resalta que «la creación espera ansiosa y desea vivamente el momento en que se revele nuestra condición de hijos de Dios... en la esperanza de verse liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios».

Llamados a cuidar la creación

En la encíclica *Laudato si'* el papa Francisco no solo denuncia con fuerza el grave estado de salud de la tierra, sino que ¡compromete a todos los hombres a cuidar de esta especial “hermana” y “madre” que es

El hombre, cuando daña el ambiente, contamina, malgasta, violenta a la naturaleza, no solo ofende a Dios, sino también se hace daño a sí mismo, porque se priva de todos esos dones y obliga a «nuestra hermana madre tierra» a producir frutos y flores contaminados y nocivos para el hombre.

la tierra, nuestra “casa común”! ¡Hermana, y sobre todo madre, «la cual –continúa el Santo– nos sustenta y gobierna y produce diferentes frutos con flores de colores y hierba!».

La encíclica, siguiendo a san Francisco de Asís, invita a todos a asumir el compromiso de custodiar este mundo que, recibido como don para nuestra vida presente, ¡estamos llamados a entregar, mejorado si es posible, a las futuras generaciones!

¹ *Fuentes Franciscanas. Recopilación de Asís.* Padua, 2009.

² *Idem.*

³ *Fuentes Franciscanas. Vida segunda de Tomás de Celano.* Padua, 2009.

⁴ *Rm* 8, 19-21.

Una visión cristiana del mundo. Guardini y la *Laudato si'*

Gennaro Cicchese, o.m.i.

La figura del teólogo italo-alemán, “padre de la Iglesia del siglo XX”, tan conocido por los papas Benedicto y Francisco, emerge en la última encíclica dejándonos una herencia preciosa sobre la relación con la creación y sobre la ecología de las relaciones humanas.

Una mirada a la creación: Guardini místico

«Hoy he comprendido por primera vez qué significa que todas las cosas hablen de Dios. Él lo ha creado todo y a cada cosa en particular. Está dentro de cada fibra de realidad. Todo existe ininterrumpidamente por su poder. Quien lo experimenta tiene la experiencia de Él en todo. Siempre de modo diverso, pero como esta hoja, como el murmullo de este arroyo, como la luz aquí los árboles. Siempre es así. Lo experimentaron los griegos, cuando para ellos cada cosa era divina»¹.

Es una página extraordinaria del diario de Romano Guardini (1885-1968), teólogo de origen veronés afincado en Alemania. Es una de esas páginas inspiradas en las que la intuición, la inteligencia y la contemplación son una misma cosa. Es una visión “mística” (si con este término queremos interpretar la realidad en su verdad y simpli-

cidad) partiendo de la unidad primordial que tiene su origen en el acto creativo de Dios. Él lo ha hecho todo y cada una de las cosas. Su presencia anima toda la sustancia del universo. Todo está en Él porque Él está en todo. Su manifestación es multiforme (hoja, arroyo, luz, árboles).

Guardini tiene una visión cristiana del mundo, que parte de la conciencia de la revelación y de la iluminada e iluminadora sabiduría que irradia de la creación entera. Dios ha creado el universo y lo sostiene. Esta es la base de toda ecología. La regla por la que se rige el mundo es la regla de Dios. La referencia al mundo griego no es inoportuna. Los griegos tenían una idea casi divina de la naturaleza. La *physis* es propiamente el mundo animado por lo divino en el que las realidades materiales y espirituales se relacionan entre sí. De aquí el nacimiento del tradicional

cruce entre física y metafísica que, con Aristóteles como inspirador, está en la base de la civilización occidental y también de la árabe.

Es verdaderamente un maestro que habla interiormente, descubriendo las riquezas de una fe que hacer ver: es la “visión cristiana del mundo” que muestra todas las cosas en Dios.

Estas consideraciones presentan a R. Guardini, perspicaz pedagogo y líder espiritual del movimiento juvenil alemán *Quikborn* (Fuente viva), *Praeceptor Germaniae*, figura iluminada de Alemania durante y después del nazismo, que Hanna Barbara Gerl, una de sus más grandes y fervientes estudiantes, lo ha definido como “padre de la Iglesia del siglo XX”. Hoy es un clásico del pensamiento europeo por su valioso patrimonio teológico que cuenta con más de 1849 títulos.

Con ocasión del centenario del nacimiento del teólogo italo-alemán, en la Academia Católica de Baviera, el entonces Cardenal Ratzinger concluía su intervención diciendo: «¿Qué hacemos cuando festejamos el nacimiento de Romano Guardini? ¿Es solo la nostalgia de aquellos para quienes el encuentro con Guardini fue una experiencia espiritual determinante? ¿O la de Romano Guardini es también hoy una voz que tenemos que hacer nuevamente audible?»².

La sabiduría de Guardini está viva también hoy. Muchos de los problemas conceptuales y prácticos se pueden afrontar y resolver mediante sus escritos. Es verdaderamente un maestro que habla interiormente, descubriendo las riquezas de una fe que hacer ver: es la “visión cristiana del mundo” que muestra todas las cosas en

Dios. Su capacidad de gran pensador le lleva a moverse con toda competencia en los ámbitos teológicos, filosóficos, bíblicos, litúrgicos, literarios y pedagógicos. No es casual que Benedicto XVI lo haya citado muchas veces y se inspirara en él también durante su ministerio petrino³, y que el papa Francisco lo haya tenido en cuenta en su última encíclica.

La contribución de Guardini en la *Laudato si'*

En el capítulo tercero, la encíclica *Laudato si'* investiga sobre los orígenes de la crisis ecológica (*La raíz humana de la crisis ecológica*). La crisis ecológica surge de un desequilibrio resultante de la crisis antropológica que atraviesa toda la época moderna hasta nuestros días. El ser humano no logra hallar su lugar en el universo creado, convertido cada vez más en *naturaleza* y cada vez menos en obra de Dios. Incluso la cultura se ha ido convirtiendo cada vez más en *creación humana* en vez de ser acogida del mensaje revelado que Dios desvela al hombre, pero que también desvela el ser humano a sí mismo. Como consecuencia, la naturaleza es cada vez menos natural, la cultura menos cultural, y el hombre es siempre menos humano. Guardini es uno de los primeros en darse cuenta de que nuestra época se caracteriza por una profunda transición de lo *moderno* a lo *postmoderno*. No es casual que su obra *El fin de la época moderna*⁴, sea citada en la encíclica al menos en cinco números (105, 108, 115, 203, 219), para subrayar el sentido de una crisis de época como crisis de relación con la nueva ciencia. De aquí las nuevas cuestiones: ¿cómo afrontar el poder que la ciencia y la técnica nos ofrecen? ¿El hombre está suficientemente preparado para gestionar las inmensas posibilidades que el desarrollo tecnológico le ofrece hoy?

Prácticamente se trata de examinar si el poder tecnológico es capaz de determinar, creativamente, un nuevo modo de vivir su-

El ser humano no logra hallar su lugar en el universo creado, convertido cada vez más en naturaleza y cada vez menos en obra de Dios.

perando los innumerables males que afligen a la humanidad, mejorando la calidad de la vida y la estética de las cosas que nos rodean, sin perder de vista los riesgos de la pérdida del control de una tecnología que de sierva se está convirtiendo en dueña, y que, con la revolución digital y biónica, ya está reemplazando al hombre con las máquinas, creando nuevos híbridos .

El papa Francisco invita a concentrarse sobre el paradigma tecnocrático dominante y sobre la nueva fase que abraza a toda la humanidad, que hay que releerla, sustancialmente, en clave positiva: «*Es justo alegrarse ante estos avances, y entusiasmarse frente a las amplias posibilidades que nos abren estas constantes novedades*» (LS 102). La encíclica también muestra los riesgos de la tecnología que, a lo largo de la historia de la humanidad ha generado crueles realidades por el tremendo exceso de poder y de su obra destructora:

«*Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo. Basta recordar las bombas atómicas lanzadas en pleno siglo XX, como el gran despliegue tecnológico ostentado por el nazismo, por el comunismo y por otros regímenes totalitarios al servicio de la matanza de millones de personas, sin olvidar que hoy la guerra posee un instrumental cada vez más mortífero*» (LS 104).

Estas importantes reflexiones son compatibles, en los siguientes números, con al-

gunas citas que muestran cómo Guardini ofrece una contribución original válida todavía hoy. Incluso en relación con al tema del poder, es evidente en varias citas de nuestro autor en LS 105: «*Se tiende a creer “que todo incremento del poder constituye sin más un progreso, un aumento de seguridad, de utilidad, de bienestar, de energía vital, de plenitud de los valores”, como si la realidad, el bien y la verdad brotaran espontáneamente del mismo poder tecnológico y económico. “El hecho es que el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto”, [...] y “la posibilidad de que el hombre utilice mal el poder crece constantemente” cuando no está “sometido a norma alguna reguladora de la libertad, sino únicamente a los supuestos imperativos de la utilidad y de la seguridad”*»⁶.

La presencia de Guardini en la encíclica *Laudato si'* es importante y preciosa porque subraya y ayuda a comprender mejor la crisis ecológica actual y sus orígenes antropológicos, ligados a un exceso de confianza en el sujeto humano y a una incapacidad de gestionar “el poder” que la ciencia y la técnica modernas ofrecen al hombre de manera cada vez más absoluta y barata.

Poco más adelante se sostiene que el paradigma tecnocrático ha llegado a ser dominante por sus recursos y su lógica (LS 108). La consecuencia, escribe Guardini, es que «*el hombre que es el protagonista, sabe que, en última instancia, no se trata ni de utilidad, ni de bienestar, sino de dominio; dominio en el sentido estricto de la palabra*» y, por eso, «*intenta apoderarse de los elementos de la naturaleza y a la vez de la existencia humana*». El antropocentrismo moderno, paradójicamente, ha terminado colocando la razón

técnica sobre la realidad (LS 115). El ser humano, escribe Guardini, «*ya no siente la naturaleza ni como norma válida, ni como refugio de la vida. La ve sin hipótesis, objetivamente, como espacio y materia en la que realizar una obra en la que pueda tirarlo todo, sin que importe lo que pueda resultar*».

En el capítulo sexto de la encíclica se afronta el tema de la “educación y espiritualidad ecológica”, señalando que la humanidad tiene que cambiar su rumbo y reorientarlo con la conciencia de «*un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos*» (LS 202). Es un desafío cultural, espiritual y educativo que involucra al ser humano en cuanto individuo, pero también y sobre todo a nivel comunitario. Se trata de apuntar sobre un estilo de vida opuesto al consumismo obsesivo y a un mecanismo compulsivo del individuo que se considera libre si puede consumir (LS 203). Es lo que ya señalaba Romano Guardini: el ser humano «*acepta los objetos ordinarios y las formas habituales de vida tal como le son impuestas, desde la planificación y los productos fabricados en serie, actuando, generalmente así con la impresión de que todo eso es lo racional y lo acertado*».

Del número 216 al 221 en adelante se habla de la “conversión ecológica” y una

vez más Guardini se hace presente (LS 219) para recordar que esto exige un cambio duradero y comunitario: «*Las exigencias de esta tarea van a ser tan enormes que no hay forma de satisfacerlas con las posibilidades de la iniciativa individual y la unión de particulares formados en el individualismo. Se requerirán una reunión de fuerzas y una unidad de realización*».

En conclusión, la presencia de Guardini en la encíclica *Laudato si'* es importante y preciosa porque subraya y ayuda a comprender mejor la crisis ecológica actual y sus orígenes antropológicos, ligados a un exceso de confianza en el sujeto humano y a una incapacidad de gestionar “el poder” que la ciencia y la técnica modernas ofrecen al hombre de manera cada vez más absoluta y barata.

¹ R. Guardini, *Diario. Apuntes y textos del 1942 al 1964*. La página del diario es del 24.8.1953.

² C. Gentili, *Attualità di Romano Guardini*, en *La Società*, XIV (2009).

³ Cf. S. Zucal, *Ratzinger e Guardini, un incontro decisivo*, en *Vita e pensiero* 4/2008.

⁴ R. Guardini, *La fine dell'epoca moderna*, Brescia 1987.

⁵ Cf. G. Cicchese, *Macchine e futuro. Una sfida per l'uomo*, Città Nuova, Roma 2015.

⁶ R. Guardini, *La fine dell'epoca moderna*.

«Ocorre lo que ya señalaba Romano Guardini: el ser humano “acepta los objetos y las formas de vida, tal como le son impuestos por la planificación y por los productos fabricados en serie y, después de todo, actúa así con el sentimiento de que eso es lo racional y lo acertado”.

Tal paradigma hace creer a todos que son libres mientras tengan una supuesta libertad para consumir, cuando quienes en realidad poseen la libertad son los que integran la minoría que detenta el poder económico y financiero. En esta confusión, la humanidad posmoderna no encontró una nueva comprensión de sí misma que pueda orientarla, y esta falta de identidad se vive con angustia. Tenemos demasiados medios para unos escasos y raquíticos fines».

Papa Francisco, *Laudato si'*, n° 203

UNIDAD, PALABRA DIVINA

Unidad, palabra divina. Si en un determinado momento fuese pronunciada por el Omnipotente y los hombres la llevasen a la práctica en sus más variadas aplicaciones, veríamos el mundo detenerse de golpe, en su marcha general, como en una película, y reanudar la carrera de la vida en dirección opuesta. (...) Familias desmembradas por peleas, heladas por las incomprendiones, por el odio, y destrozadas por los divorcios, se recompondrían. Y los niños nacerían en un clima de amor humano y divino y se forjarían hombres nuevos para un mañana más cristiano.

Las fábricas, muchas veces reunión de “esclavos” del trabajo en un clima de tedio, si no de blasfemias, se convertirían en lugares de paz, donde cada uno realizaría su trabajo para bien de todos.

Y las escuelas superarían los límites de la ciencia, poniendo conocimientos de todo tipo al servicio de la contemplación eterna, aprendida en los pupitres como en un cotidiano desvelarse de misterios, intuitivas a partir de pequeñas fórmulas, de simples leyes, incluso de los números...

Y los Parlamentos se convertirían en un lugar de encuentro entre hombres a los que –más que la idea que cada uno sostiene– les urge el bien de todos, sin engaño de hermanos ni de patrias.

En definitiva, veríamos al mundo hacerse más bueno y al Cielo bajar como por encanto a la tierra, y la armonía de la creación servir de marco a la concordia de los corazones.

Veríamos... ¡Es un sueño! ¡Parece un sueño! .

Chiara Lubich, *La doctrina espiritual*, pag. 147.

novidad



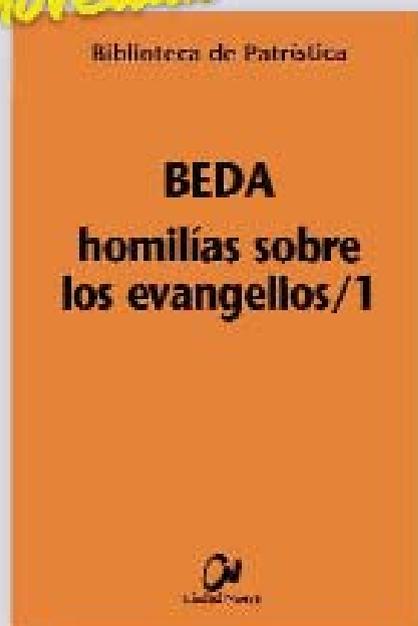
Wolfhart Pannenberg

Dios como Espíritu y las ciencias de la naturaleza

Con este título Ciudad Nueva quiere relanzar su colección de «Teología en diálogo». En esta ocasión de la mano del prestigioso teólogo evangélico alemán W. Pannenberg, reconocido por haber sabido entrar en diálogo de forma sumamente original con la comunidad científica internacional.

128 págs. 15 €

novidad



Beda

Homilías sobre los Evangelios / 1

Beda es el erudito más significativo de la alta Edad Media y *doctor admirabilis* de la Iglesia universal. Con su estilo claro, sobrio y sincero, en este primer volumen de sus *Homilías sobre los Evangelios* nos regala el sentido literal y alegórico de estos libros sagrados.

La actualidad de muchos de sus comentarios se refleja en el hecho de que algunos de sus pasajes siguen utilizándose en la Liturgia de las Horas.

240 págs. 25 €

Adquéralos en su librería, en nuestra página web ciudadnueva.com
o llamando al teléfono: 91 725 95 30


Ciudad Nueva